LA CONCIENCIA.

na en cinco actos y en prosa, escrito en francés por el célebre Alejandro Dumas, y arreglado escena española por D. Ramon de Valladares y Saavedra, *representado con estraordinario aplauso en el teatro de Variedades, el 17 de febrero de* 1855.

PERSONAS.	ACTORES.
RDO RUSBERG.....	*Sres. Martinez (Luis.)*
ENS.....	
N.....	*Aznar.*
ZETI.....	*Diez.*
INISTRO.....	*Ramos.*
.....	*Albalat.*
ERG.....	*Detrell.*
R.....	*Lopez.*
IAN.....	*Martinez. (C.)*
.....	*Diez.*
RICO.....	*Boix.*
ION.....	*Loarte.*
TA.....	*Señorita Garcia.*
NDESA SOFIA.....	*Sra. Fina.*
NDESA LUISA.....	*Lausac.*
UETA.....	*Rejano.*
ÑORA DE RUSBERG...	*Taeño.*
RIADO.....	*N. N.*

La accion pasa en Manheim en 1810.

ACTO PRIMERO.

on: en el fondo una puerta que dá à un jardin; á cha la puerta esterior: á la izquierda otra puerta sobre un salon, en el cuál se halla otra puerta, de la cual está escrita la palabra, Caja. En término derecha, el cuarto de la señora Rusberg; ndo término un piano; un sillon á la derecha y a izquierda; en este mismo lado una mesa, sillas ndo, chimenea con espejo encima; un taburete o, una campanilla en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ALDEN, *solo.*

propósito deliberado hacerme esperar! Estos erg son tan orgullosos como los caballeros del Imperio, y sin duda ofende al señor recauda- el Estado Rusberg, verse sometido cada trimes- la visita del inspector Alden.

ESCENA II.

ALDEN, CARLOTA.

CAR. (*entrando y corriendo al encuentro de Alden.*) Oh! Dispensadme señor inspector; ignoraba que estuvieseis aqui.

ALD. Si, señorita, estoy hace... (*saca un reloj.*) hace diez y siete minutos.

CAR. Y cómo es que no han salido ni mi padre ni mi madre?

ALD. Precisamente me asombraba de su ausencia, cuando habeis entrado.

CAR. Habeis hecho llamar á mi padre?

ALD. Si; y Cristian, el ayuda de cámara, me ha respondido que esperase un momento.

CAR. Oh! Creed que mi padre ignora... lo mismo que mi madre...

ALD. Vuestra madre dormia aun, señorita; se ha dignado enviármelo á decir.

CAR. Si; mi madre se levanta tarde. Es una costumbre...

ALD. Aristocrática.

CAR. (*timidamente.*) En cuanto á mi hermano...

ALD. (*va á poner su sombrero y su baston sobre la mesa izquierda.*) Ya sé que no tiene costumbre de retirarse temprano.

CAR. Pero si yo puedo serviros de algo...

ALD. Ya sé que sois el ángel bueno de esta casa; permaneceis en ella cuando los demas estan fuera; velais cuando los otros duermen; orais cuando ellos se condenan; sois una hija escelente, y no teneis la culpa de que vuestro padre sea un hombre débil, vuestra madre una derrochadora, y vuestro hermano un jugador.

CAR. Señor Alden!

ALD. Voto al diablo! Estoy haciendo llorar á un ángel... Soy tan brutal... Perdonadme, señorita. Soy un militarote antiguo, y en los campos de batalla he tomado la costumbre de decir lo que siento, sin rodeos.

CAR. Oh! cuanto os estimo!

ALD. Me estimais, y no me habeis visto mas que tres ó cuatro veces?

CAR. Os conozco como el mejor hombre honrado, y co-

mo el corazon mas bueno de toda la villa.

ALD. Honrado es posible; pero en cuentro á corazon bueno, os equivocais de medio á medio. Soy brutal... testarudo... Creo que solamente los tontos tienen buen corazon. Vaya! Por qué me mirais asi, hija mia? (*Carlota le coje la mano y quiere besársela.*) Qué ángel del cielo! (*la abraza.*)

ESCENA III.

Dichos, y FEDERICO.

FED. Mi padre abrazando á Carlota!

ALD. Pues! Haces que el padre sea sorprendido por el hijo!

CAR. Señor Alden, ahora no estais solo; permitidme que termine el encargo que mi madre me hizo anoche.

ALD. Id, hija mia, y que la bendicion de Dios os acompañe. (*Carlota sale por el jardin, cambiando una mirada con Federico.*)

ESCENA IV.

ALDEN *y* FEDERICO.

FED. Me enviasteis á decir que me reuniese con vos donde quiera que estuvieseis, padre mio, porque teniais que participarme una cosa urgente; me he informado de que estabais en la casa del señor recaudador Rusberg, y aqui me teneis.

ALD. Bien.

FED. Qué teneis que ordenarme?

ALD. Tengo que ordenarte, que te pases antes de las doce por la casa del señor de Volsem, el cual parte á las dos para Carlsrue.

FED. Y qué he de hacer en la casa del señor Volsem?

ALD. Le darás las gracias.

FED. Por qué?

ALD. Porque consiente en darte su hija.

FED. La señorita de Volsem...

ALD. Será tu muger; y á partir desde hoy, estás autorizado para presentarte en la casa como su prometido esposo; hoy lo hemos decidido su padre y yo... Qué es esto? No me das las gracias? Enmudeces?

FED. Desde luego os doy gracias por lo que habeis hecho, ó por lo que habeis creido hacer por mi felicidad.

ALD. No comprendo...

FED. No corresponderé á vuestra bondad con el disimulo. Padre mio, no puedo casarme con la señorita de Volsem.

ALD. Oh! que no puedes casarte...

FED. No, padre mio.

ALD. Quisiera conocer las razones; la familia es rica, tiene una buena posicion en la corte del gran Duque; la hija es honrada, jóven, bella...

FED. La muger que me habeis escogido es la que me conviene, pero...

ALD. Pero qué? Veamos!

FED. Pero... yo amo á otra muger.

ALD. Ba! ba! La respuesta ordinaria de los hijos rebeldes. Amo á otra! Soberbia razon!

FED. Es la única que encuentro: amo á otra, de quien soy correspondido.

ALD. Y quién es esa otra? La conozco yo!

FED. La conoceis.

ALD. En dónde está?

FED. En este momento lo ignoro; pero no hace mucho que se hallaba en vuestros brazos.

ALD. La hija del recaudador del Estado?

FED. Carlota de Rusberg, padre mio.

ALD. Eso no te conviene.

FED. Me negareis la muger que haria mi felicidad, sin decirme las razones de esa negativa?

ALD. Oyelas; no puede ser, no debe ser, no quiero que sea. En cuanto á las otras razones, espera seis meses, tres, ocho dias tal vez, y las conocerás tambien como yo. (*yendo por el sombrero.*)

FED. Esperaré el tiempo que dispongais, porque espero que un dia vendrá en que aprecieis á Carlota.

ALD. Ese dia ha llegado; aprecio á Carlota mucho, pero su familia no vale nada. (*quiere salir.*)

FED. Esplicaos, padre mio.

ALD. Oyeme; si permaneces siendo lo que eres, no serás gran cosa; es necesario que vayas mas lejos; necesitas proteccion y fortuna, porque sin esto, te quedarás Federico Alden, abogado sin causas, hijo de Rodolfo Alden, inspector de rentas; es decir, un pobre diablo, enterrado en el mas escondido cuartel de una aldehuela de provincia. Si al menos fuese rico... pero soldado caduco, con un retiro de doscientos thalers y un destino de quinientos, al morir no te dejaré otra cosa que una casa sin deudas, y un nombre sin mancha. Los Rusberg están completamente arruinados; el padre es un loco, la madre una orgullosa, el hijo un jugador, y la hija... la hija ha sido educada como si debiera casarse con un príncipe reinante.

FED. Ya veis que esa educacion no ha influido en su corazon, puesto que me ama.

ALD. Canciones y mas canciones! Ve á visitar al consejero Volsem, y no mortifiques mas tiempo mis oidos con planes descabellados é imposibles!

FED. Imposibles!

ALD. Imposibles! Yo soy quien te lo dice; yo soy quien te lo repite. Nunca será tu muger la hija del recaudador del Estado Rusberg. (*se dispone á salir.*)

FED. Entonces, padre mio, nunca lo será otra, porque he dado mi palabra.

ALD. Qué? (*deteniéndose en la puerta.*)

FED. Contando con esta palabra, ha rehusado Carlo baron de Volfrang, agregado á una embajada.

ALD. Pero la has dado tu palabra?

FED. Se la ha dado.

ALD. Le has dicho: «á fé de Alden?»

FED. La he dicho: «A fé de hombre honrado.

ALD. No me engañas?

FED. Os lo juro!

ALD. Entonces... es preciso que te cases con ella.

FED. Padre mio!

ALD. Esto desbarata mis planes; esto me causa un disgusto; pero si has dado tu palabra, si has dicho á fé de hombre honrado, no lo serias faltando á ella. Es necesario que te cases.

FED. Oh! Sabia que erais el mas leal de los hombres!

ALD. Voy á verificar otras inspecciones. En fin, puesto que no tiene remedio, no hablemos mas de ello. Tú eres quien vá á esperar al recaudador del Estado y á decirle... lo que tengas que decirle; yo en vez de examinar la caja hoy por la mañana, la examinaré esta noche. A Dios.

FED. Padre!

ALD. A Dios, á Dios! No me sorprende ahora que una chicuela me dijese que me queria, y que me besase las manos! Ah! Sirena! Sirena! (*vase.*)

ESCENA V.

FEDERICO, *solo.*

Ah! Se ha arreglado todo mejor de lo que yo creia. Bajo esa corteza ruda se encierra un buen corazon! Ahora puedo ir en busca de Carlota, y decirle... El señor Rusberg!

ESCENA VI.

RUSBERG, FEDERICO.

cs. Buenos dias, señor Federico! Esperaba la visita de vuestro padre; pero no la vuestra, mas lo inesperado de ella me la hace aun mas agradable.

ED. Es cierto lo que me decis? (*tomándole la mano.*)

us. Os digo la verdad; os amo y os estimo. Qué causa guia vuestros pasos?

ED. No es una causa vulgar.

cs. En efecto, pareceis muy conmovido. Qué temeis?

ED. Una respuesta desfavorable á la demanda que vengo á haceros.

js. Lo que tengais que pedirme no puede ser deshonroso. Ya os escucho.

ED. Una palabra os lo dirá todo; amo, y la muger á quien amo, es Carlota.

s. Amais á mi hija?

D. Puedo decir: «Si, padre mio?» (*tomándole la nano.*)

s. Estaba lejos de creer... (*sentándose.*) Sentaos un momento.

D. Dejadme oiros de pie.

s. No os detendré mucho tiempo; á franca demanda, franca respuesta. Amais á mi hija, y esto me satisface mucho, porque merece que la ame un hombre honrado como vos.

D. Oh! me haceis feliz!

s. Esperad. Sois jóven, y debeis tener ambicion. Vuestra obligacion es ir al encuentro de la fortuna.

D. Me está prohibido llegar á ella por el camino de a felicidad?

s. Señor Alden, no somos lo que creeis.

D. Qué quereis decir?

s. Las apariencias os engañan, hijo mio! Nos creeis icos, y somos pobres; el que ame á mi hija debe marla por si misma; Carlota no tiene un florin de dote. Ahora dadme un abrazo, y no me negais vuestra mistad.

D. Os abrazo, y os pido de nuevo su mano. Lo que cabais de decirme lo sabia ya.

. Por quién?

D. Por Carlota misma.

ESCENA VII.

Dichos, CARLOTA.

. Qué es lo que sabiais?

. Nos estabas escuchando?

. No; pero al oirme nombrar... (*bajando la vista.*)

. Por qué no me has revelado este amor, hija mia?

. Como hace tiempo estais triste y abatido....

. Le amas como él te ama?

. No sé como me ama Federico, pero si sé que le no con ternura.

. Y os conoceis bien el uno al otro? (*tomando la ma- de Carlota.*)

. Bendecidnos, padre mio!

(*tomando la mano de Federico.*) Reflexionad mis labras. No os pregunto si os amais... os pregunto os conoceis; no quiero saber si vuestro amor existe; seo saber si durará.

Respondo del mio, porque descansa menos sobre belleza de Carlota, que sobre la estimacion que la ofeso.

Padre mio, mas allá del esposo veo al amigo, y amigo perdonará sus flaquezas á la mejor de las igas.

Ambos lo quereis; Dios lo quiere tambien. Fede- o, tú eres el hombre; es decir, la fuerza. Considera que los trabajos, los desvelos de la vida te conciernen; cuando los hayas soportado todo el dia, sacúdelos á la puerta, como un peregrino sacude el polvo del camino, y entra alegre en tu casa; respeta el alma de la esposa y de la madre, aun cuando ella no posea ya ese velo virginal que tus lábios correrán un dia de la mejilla de la jóven inocente. Sé siempre el señor, pero nunca el tirano; ordena, no tortures.— Carlota, tú eres la muger, es decir, la debilidad, pero al mismo tiempo el encanto de la casa. Despues de los cuidados y los trabajos de la vida, que tu esposo halle en ti las ternura que consuela de todas las penas, la alegria que la hace olvidar. Estimareis estos deberes? Lo prometeis el uno y el otro?

FED. Siempre, padre mio!

CAR. Siempre!

RUS. Entonces, abrazadme; teneis mi bendicion; pediré por vosotros la de vuestra madre... Dejadme con ella... tengo tambien que hablarla de cosas que dichas delante de vosotros, entristecerian vuestros pobres corazones. Que no haya nubes para vosotros, si es posible, en un dia como este. (*Federico y Carlota van hácia el jardin, alli Carlota se detiene, vuelve á echarse en los brazos de su padre y sale con Federico.*)

ESCENA VIII.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Carlota con el señor Alden! (*saliendo puerta derecha.*)

RUS. (*invitándola á sentarse.*) Os lo esplicaré al momento; tengo que hablaros.

SEÑO. Con qué gravedad me lo decis!

RUS. Os tengo que hablar de cosas graves. (*tomando una silla del fondo.*)

SEÑO. Me parece que habeis llorado!

RUS. Con los años de la juventud pasa el tiempo de las sonrisas. Reclamo toda vuestra atencion; y si por casualidad, en lo que voy á deciros, saliese de mis lábios alguna palabra que os lastimase, protesto de antemano que será contra mi deseo.

SEÑO. Nada puede herirme viniendo de vos.

RUS. (*sentándose.*) Cuando me aceptasteis por esposo, yo era pobre y vos rica.

SEÑO. Rusberg!

RUS. Hay necesidad de establecer esta base. Educada en medio del lujo de una vida brillante, no tuvisteis valor para reformar ese lujo, ni yo fuerzas para rehusaros nada; habeis vivido, señora, no segun nuestro estado, sino segun vuestro nacimiento; me he contentado con ahorrar lo mas posible en mis gastos. Esta economia os ha permitido ser feliz un año ó dos mas, puesto que la felicidad la cifrabais en el lujo. He llevado las cuentas mas exactas, no diré de nuestra fortuna, si no de la vuestra; señora, estais completamente arruinada.

SEÑO. Arruinada!

RUS. Tengo en el pupitre la justificacion de lo que os digo, y las cuentas de mi administracion.

SEÑO. Mi marido darme cuentas! He aqui lo que habeis previsto... hé aqui lo que me ofende.

RUS. No me comprendeis. Necesitaba probaros que cuando me casé con vos, buscaba vuestro corazon, no vuestra fortuna; necesitaba probaros, que esta fortuna ha sido siempre vuestra, y que de ella no se ha distraido la mas pequeña porcion, ni aun para educar á nuestros hijos. Ahora, esposa mia, no nos resta mas que mi sueldo de recaudador del Estado... quinientos florines. Ya veis que con esto es imposible sostener una casa que hasta ahora ha gastado seis ú ocho mil por

año. Por mi parte no tengo que hacer cambio alguno en mi existencia, porque siempre he vivido como un pobre empleado; pero de vuestra parte es diferente.

SEÑO. (*levantándose.*) Me someteré á todo, sintiendo una cosa solamente; que mi arrepentimiento no pueda espiar mis faltas.

RUS. De su sinceridad dependerá en adelante el reposo de nuestra vida. En cuanto á Carlota, se ha encontrado para ella un partido; el jóven Alden la ama, y acaba de pedirme su mano.

SEÑO. Y se la habeis concedido?

RUS. Con mucho placer.

SEÑO. Considerad que hará un casamiento pobre.

RUS. Os lo parece asi?

SEÑO. Rango, educacion, relaciones de mundo... Todo daba á nuestra Carlota derecho para esperar mejor partido... sin contar con que somos de la nobleza.

RUS. Pobre nobleza... al menos por mi parte; nobleza de trage.

SEÑO. Y que esa desigualdad de clases podria perjudicar las miras de su hermano.

RUS. Si; sus miras respeto á la señorita de Quenisteng, una jóven, rica, noble, orgullosa, por la cual se arruina Eduardo, y que no consentirá nunca en casarse con él. Sé que vais á tratar mi opinion de estravagante; sé, que gracias á vuestros gastos impremeditados, vos y vuestro hijo os creeis próximos al objeto; pero yo veo claro, y os anuncio que hoy ha de tener Eduardo la promesa de esa jóven, ó no volverá mas á esa casa.

SEÑO. Dándole un plazo tan corto, perdeis ciertamente la ocasion de establecer á vuestro hijo.

RUS. Tanto mejor!

SEÑO. Tanto mejor, decis?

RUS. Si; daré gracias á Dios con toda mi alma, al ver que un jóven bueno y leal sale de la sociedad de los jugadores y de los hombres disipados, para entrar en la senda de las personas honradas. Cristian? (*llamando.*)

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señor?

RUS. Decid á Eduardo que su madre quiere hablarle.

CRIS. Si señor, voy... (*turbado, llevándose la silla de Rusberg.*)

RUS. Ya conoceis mis intenciones, señora! Espero que en veinticuatro horas la familia Quenisteng haya tomado un decision respecto á vuestro hijo. (*á Cristian que no ha salido.*) Qué haceis?

CRIS. Es que el señor Eduardo...

SEÑO. Yo le veré. (*vivamente.*) No me hablasteis de entregarme unos papeles? (*á su marido.*)

RUS. Las cuentas? Celebro mucho que deseeis verlas... Venid.

SEÑO. (*bajo.*) Cristian, no está mi hijo en su cuarto?

CRIS. No señora. (*bajo.*)

SEÑO. Ha salido ya, ó no ha vuelto desde ayer?

CRIS. No ha vuelto, señora.

SEÑO. Mas bajo! Esperadle, y prevenidme asi que venga. (*alto á su marido.*) Ya os sigo, amigo mio. (*entran en el despacho.*)

ESCENA X.

CRISTIAN.

Esperar! Dios sabe cuanto tiempo esperaré! Pero si el señor Eduardo no viene, no faltan gentes que vengan por él! Cinco citaciones judiciales, y siete ú ocho facturas para hoy solamente, y apenas son las diez de la mañana.

ESCENA XI.

CRISTIAN, ENRIQUETA; *despues* SALOMON.

ENR. Señor Cristian, en la antesala hay muchos arte nos, y un hombre muy feo y muy mal vestido; to preguntan por el señor Eduardo.

CRIS. Decidles que no está.

SAL. (*sacando la cabeza por la puerta del foro.*) puede entrar? (*se desliza en el salon como una c bra.*)

CRIS. Vos otra vez?

ENR. Este es el feo! (*bajo á Cristian.*)

CRIS. Qué venis á hacer aqui?

SAL. Vengo á decir dos palabritas á mi muy que señorito Eduardo.

CRIS. No está en casa!

SAL. Válgame Dios, y cuanto lo siento!

CRIS. Decidme lo que quereis decirle, y yo se lo ti mitiré.

SAL. Con mucho gusto. Queria participarle, qu cuentecita... la cuentecita de cien luises... Ya sab

CRIS. No; no sé nada.

SAL. No lo sabeis! Loado sea Dios! Pues bien... ten do yo necesidad de un poquito de dinero, me he to obligado á deshacerme de todos los créditos tenia en mi favor; de suerte que el señorito Edu no está ya en mi poder. Y como el que ahora lo see, no tiene el mismo buen corazon que yo... que me esté mal el decirlo...

CRIS. Acabad!

SAL. Ha entablado contra él... ¡que atrocidad! un cio ejecutorio!

CRIS. Lo que quiere decir, que si el señor Eduardo pa ga...

SAL. Dentro de veinticuatro horas...

CRIS. Será preso?

SAL. No sabeis las lágrimas que he derramado. (*se ternece y saca un pañuelo muy roto, con el cual limpiarse las lágrimas.*)

CRIS. Ladron!

SAL. Con quién hablais?

CRIS. Te llamo por tu nombre! (*bajo á Enriqueta.*) tad de librarnos de todos los que hay fuera.

ENR. (*bajo.*) No quieren irse. Dicen que esperan a ñor Eduardo, aunque sea hasta mañana.

SAL. Estoy seguro de que esta preciosa niña anuncia lo bajo, que ha vuelto el señorito Eduardo.

CRIS. Quereis saber lo que me dice?

SAL. No soy curioso, pero si os empeñais...

CRIS. Dice que la señora de Rusberg os ha visto ent

SAL. Pobre señora mia! Dios le conserve los ojos!

CRIS. Y que intranquila al saber que está en su cas hombre de tan mal aspecto como vos, me orde diga quién sois.

SAL. Y qué le respondeis?

CRIS. Que sois un viejo infame, al que voy á pone el arroyo.

SAL. Señor Cristian! (*amenazando.*)

CRIS. Señor Salomon!

SAL. Vuestro muy humilde servidor, señor Cris (*con mucha dulzura y vase.*)

ESCENA XII.

Dichos, menos SALOMON.

CRIS. Cuando reflexiono que la ley no puede herir á reptiles, que se escapan siempre, y que al abrig toda persecucion pueden, con descaro, devora poca sustancia que nos resta!

ENR. Ah! teneis razon, señor Cristian! Creo que á

gar por lo que pasa, poco nos resta. Sabeis que la señora me despide?

IS. No podia tardar...

NR. Me despide lo mismo que á la otra doncella. Ademas, el señor vende sus caballos, y ha arreglado las cuentas del cochero, del criado, y del cocinero, si bien ahora... (*se oye ruido en la antesala.*) Qué es eso?

IS. El señor Eduardo que entra y sacude á sus proveedores.

NR. Dios mio!

IS. (*abriendo la puerta del jardin.*) Pasad por aqui, si temeis hallaros en medio de ese laberinto.

R. Prevengo á la señora que ha vuelto el señor Eduardo?

IS. Si; no, dejadme ese cuidado. (*vase Enriqueta.*)

ESCENA XIII.

ISTIAN, EDUARDO *vestido con mucha elegancia, pero en desórden.*

U. Idos al diablo! (*cerrando la puerta con violencia.*) Cristian, quiénes son todos esos miserables que pueblan la antecámara?

IS. Señor, esos miserables son personas á quienes habeis comprado alhajas, ó que os han prestado dinero, y vienen hoy á que se les pague.

U. He prohibido que se deje entrar á esa canalla.

IS. Pero ellos han entrado á pesar de la prohibicion.

U. No hay criados aqui? Qué hacen el cochero, el cocinero, y el ayuda de cámara?

IS. Hacen sus maletas.

L. (*entreabriendo la puerta.*) Lo siento mucho, pero quiero cobrar...

U. Otra vez!

IS. Esperadme! (*se lanza detrás de Salomon, que cha á correr.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

qué vida, Dios mio! El cocinero, el ayuda de cámara, y el cochero hacen sus maletas! Será verdad, omo mi madre me decia, que estamos arruinados? h! pobre madre! Y cuando reflexiono que con una oca de suerte podria repararlo todo... que esta noche e tenido hasta quince mil florines delante de mi, que con el doble de esta suma pagaba mis deudas, no jugaria mas... He querido doblar... pero he erdido... Cristian! Cristian!

ESCENA XV.

EDUARDO, CRISTIAN.

s. Señor, un poco de paciencia; es muy dificil desedir á las gentes que vienen á reclamar su dinero.

. Y han partido?

s. Si,

. Podré tener un cuarto de hora tranquilo?

. Lo espero.

. Toma, Cristian. (*sacando su reló, su cadena y el filer de la corbata.*)

s. Qué quereis?

. Necesito dinero; vende este reló y ese alfiler; van cien luises.

. Pero señor, apenas me darán treinta.

. Si te dan treinta, tómalos.

. Señor!

. Corre!

. Lo quereis asi?

. Si, es preciso que vuelva de donde vengo. Espera. a preguntado mi padre por mi?

CRIS. Anoche y hoy por la mañana.

EDU. Y mi madre?

CRIS. Muchas veces.

EDU. Pobre madre! Mi hermana! (*viéndola.*) Vé, y no digas una palabra. Necesito dinero... lo necesito: toma lo que teden, aunque no sean mas que veinte luises... no te detengas!

ESCENA XVI.

EDUARDO, CARLOTA.

CAR. (*echándose en sus brazos.*) Buenos dias, Eduardo!

EDU. Buenos dias, hermana.

CAR. No has venido esta noche?

EDU. Ya lo ves.

CAR. Qué mal haces, Eduardo. (*tristemente.*)

EDU. Vamos, vienes á predicarme moral? (*yendo á sentarse en el sillon de la derecha.*)

CAR. (*apoyándose en su respaldo.*) No; vengo á decirte que cuando no vienes, tu hermana y tu madre lloran mucho. Y mi padre... Dios te perdone, Eduardo, porque tú no lo haces con mala intencion... mi padre llora tambien.

EDU. Qué quieres, hermana mia? Estoy en un mundo en el que me distraigo; una discusion interesante arrebata, se estiende mas de lo que se piensa; uno propone tomar alguna cosa, y la noche se desliza de esta manera.

CAR. Eduardo, el mundo nos ha arrebatado tu corazon; con tal que sepa apreciarlo!

EDU. El corazon del hijo y del hermano, está siempre con vosotros; el corazon del amante es el que está en otra parte.

CAR. Y esa muger, por la que tantos sacrificios haces, te amará al menos?

EDU. Asi lo espero.

CAR. No te lo ha dicho?

EDU. No; pero me lo ha dejado adivinar.

CAR. Eduardo, cuando se ama, no se deja adivinar; se dice claramente.

EDU. Carlota!

CAR. Si; y me parece un proceder sencillo; yo amaba á Federico Alden, y se lo he dicho.

EDU. Y qué han pensado de ello nuestros padres?

CAR. Han pensado que habia hecho muy bien.

EDU. (*levantándose.*) Si; eso es lo que pasa en la clase media.

CAR. En la clase media! Esa ambicion por salir de tu clase, es la que te pierde.

EDU. Veo que mi hermana me considera como perdido.

CAR. Si tú quesieras, qué felices podriamos ser aun!

EDU. Tranquilizate, hermana mia, todo se remediará.

CAR. (*llevándole delante de un espejo.*) Entre tanto, mírate en este espejo.

EDU. Las emociones del juego! He perdido! (*se pasea con agitacion.*)

CAR. Eduardo, tú necesitas dinero; yo no tengo mucho, pero me consideraria tan feliz si lo aceptases... Toma, hermano mio, es mi bolsillo!

EDU. Carlota!

CAR. Sé que es muy poco; pero nunca he tenido alhajas. No importa; toma esto!

EDU. Ah! (*cubriéndose el rostro con las manos y dejándose caer en el sillon derecha.*)

CAR. Madre mia! (*viendo á su madre, que acaba de entrar y que se ha ocultado.*)

ESCENA XVII.

Dichos, SEÑORA DE RUSBERG. *Carlota sale al encuentro de su madre y la abraza tiernamente.*

CAR. Sed buena para él!

SEÑO. Ah! no es mi severidad la que debe temer. Eduardo?

EDU. Madre mia! (*se estremece y se levanta para ir al lado de su madre.*)

SEÑO. Has perdido otra vez?

EDU. Si.

SEÑO. Mucho?

EDU. Demasiado!

SEÑO. Sabes que nuestra fortuna está agotada?

EDU. Lo sé.

SEÑO. Sabes que somos pobres, muy pobres?

EDU. Madre querida!

SEÑO. Escucha; las cosas no pueden permanecer en este estado mucho tiempo.

EDU. Lo comprendo!

SEÑO. Es preciso que la muger á quien amas, corresponda ó rechace tu amor; te diga si, ó no: tu padre lo exije.

EDU. Si, madre mia, tiene razon; es preciso.

SEÑO. Y si te rechazase?

CAR. (*vivamente.*) Ella le ama, él lo cree al menos.

EDU. Me ama, madre mia.

SEÑO. Rechazarte! Piensas que una muger puede rechazar á mi hijo; porque no es bastante rico; porque la fortuna á que tenia derecho, yo la he disipado locamente?

EDU. No digais eso, madre mia!

SEÑO. Pobre! Soy pobre, y para ser feliz, hijo mio, se necesita dinero.

EDU. Madre mia, os juro que todo se decidirá hoy.

SEÑO. Pero y si te rechaza, desgraciado?

EDU. No estareis á mi lado? Me consolareis en mi amor deshecho, y yo me esforzaré para distraeros en vuestra fortuna perdida! Oh! si ella me rechaza, yo que tanto he respondido de su fé! Tendria que reparar muchas faltas para con vos, para con mi hermana, para con mi padre, y tal vez para conmigo mismo. Si me rechaza! Oh! madre mia! Si me rechaza, seré muy desgraciado.

SEÑO. Aqui está tu padre!

ESCENA XVIII.

Dichos, RUSBERG.

RUS. Eduardo, os ha hecho conocer mi voluntad vuestra madre?

EDU. Si, padre mio.

RUS. Habeis llorado?

EDU. Mi madre es desgraciada!

RUS. Por culpa vuestra.

SEÑO. Rusberg!

CAR. Padre mio!

RUS. Eduardo, quiero que sin pérdida de un instante vayas á ver á la familia de Quenisteng; necesito de su parte una respuesta clara y precisa.

EDU. La tendreis, padre mio, y permitidme esperar que sea satisfactoria. Si hubieseis consentido en ir una vez sola á esa casa, habriais visto...

RUS. Lo que vos no veis... que se os desprecia.

EDU. Padre!

RUS. Basta! Podriais ser el primero de vuestra clase y quereis ser mejor el último de otra; id á buscarme esa respuesta... la espero. Pero como os han visto este reló y este alfiler, recobradlos; necesitais treinta luises; tomadlos... mas no los jugueis, Eduardo, son los últimos de que disponemos.

EDU. Padre mio!

RUS. Qué os pasa?

EDU. Guardad ese dinero; guardadlo. No lo quiero... permanezco aqui.

SEÑO. Hijo!

EDU. No, no; no iré mas. No me dejeis, madre, hermana mia; decidme que podeis perdonarme, y no vuel á la casa maldita.

RUS. Bien, Eduardo, mas para que yo pueda contar c tu resolucion, es preciso que sea puesta á prueb Toma; si á tu vuelta has podido resistir á la tentaci fatal, si has sabido triunfar de ti mismo, entonce hijo mio, habrás hecho alguna cosa grande; entonc podrás cumplir la promesa que nos hagas. Yo misn te abro la puerta; yo mismo te invito á salir. Ve á casa de la señorita de Quenisteng.

EDU. Padre!

RUS. Vé... esperaré á tu vuelta para abrazarte.

(Rusberg se sienta á la izquierda, la señora de id., al lado de su marido; Eduardo pronto á salir, saluda á padre, y abraza á su hermana. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CRISTIAN, *solo.*

Me dicen que arregle el salon! Si esto continua asi, v ser una cosa muy facil el arreglar toda la casa. habrá nada en toda ella.

ESCENA II.

CRISTIAN, UN LACAYO *de gran librea.*

LAC. Puesto que nadie me responde, entro.

CRIS. Qué quereis?

LAC. Está el señor Eduardo Rusberg?

CRIS. En este instante no; qué le quereis?

LAC. Traigo una carta de mi amo, el baron Danberg Se trata de una deuda del juego.

CRIS. (*viendo á Rusberg que sale de la Caja.*) Chist! digais nada delante del padre.

LAC. Comprendo.

CRIS. Si tiene respuesta se llevará.

LAC. No; voy al hotel de Europa, y al volver entr por ella.

CRIS. Idos! (*el criado sale.*)

ESCENA III.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG, CRISTIAN.

RUS. Quién es ese hombre?

CRIS. El lacayo del baron de Danberg, que traia carta de su amo para el señor Eduardo.

RUS. Es decir que este no ha vuelto?

CRIS. Todavia no.

SEÑO. Pero ya no puede tardar.

RUS. Cristian, vè á la antesala; espero con impacie al señor Alden. Si hay algun acreedor ó algun age judicial esperando á Eduardo, trata de alejarles p que no se hallen en contacto con el inspector.

CRIS. Haré lo que pueda, señor.

ESCENA IV.

RUSBERG, LA SEÑORA DE RUSBERG.

RUS. Pobre Cristian! Ya sé que harás lo que puc todos hacen aqui lo que pueden, y vos la primera, posa mia; dejadme daros las gracias por el valor que has cumplido la promesa, y prepárate para r zar el último sacrificio.

SEÑO. Cuál?

RUS. Hay que poner en venta esta casa.

SEÑO. Oh! una casa que habitamos hace veinticu

años, una casa que era de mis antepasados!
os. Quieres mas que tengamos deudas? Quieres mas que seamos perseguidos? Quieres mas que se dude de mi, y que me vea obligado á dar mi dimision de recaudador del Estado?
ño Oh! no, no. Vuestro destino es nuestro único recurso. Vended la casa cuando querais.
s. Silencio! Aqui viene el señor Alden á fijar conmigo las condiciones del casamiento de nuestros hijos.

ESCENA V.

Dichos, Alden, Carlota.

R. No os agrada mas que sea yo quien os introduzca?
D. Si, pero no queria incomodaros
R. No me incomodais; sabia que veniais, y os he esperado.
s. Bien venido, señor Alden.
D. (*secamente.*) Servidor, señor consejero; servidor, señora.
ño. Caballero...
D. Vengo antes de lo que me esperabais, no es verdad?
s. A cualesquiera hora sois muy bien venido. Pero en lónde está nuestro abogado?
D. Haciendo una defensa en el tribunal; pero tan uego sea absuelto ó condenado su hombre, vendrá qui.
R. Estoy segura de que ganará su causa.
D. Sabeis, señora, que teneis aqui una muchacha ncantadora? Qué edad?
ño. Diez y siete años.
D. Ea, vamos á ver. Los dos chicos quieren casarse?
s. Asi parece.
D. Bien; no encuentro inconveniente.
o. (*picada vá á sentarse á la izquierda.*) No veis inconveniente! Eso nos envanece mucho, señor Alden.
D. No, no os hagais ilusiones, porque no siempre ha do asi.
o. Señor inspector, esta es la primera vez que oigo na cosa semejante.
D. Y si es la verdad, por qué no la habeis de oir?
o. Con que este casamiento os desagradaba?.
. Quiero decir, que cuando mi hijo me habló de él or primera vez... hubiera querido mas romperme s dos piernas.
o. Muy agradecidos, señor Alden.
. Yo no sé disimular, señora; cada cual tiene sus royectos respecto á sus hijos. Al principio, pues, me esagradó el asunto; pero luego dije para mi, la chi- es buena, el padre es honrado... la madre... solaente la madre es la que tiene la cabeza algo atrona-...
D. Señor Alden!
. Mi hijo ha dado su palabra, y como yo nunca he ltado á mis promesas, no quiero que mi hijo falte á s suyas... Por eso he consentido...
Escuchad. (*lleva á Alden á la derecha.*) Para rempensaros por haber consentido en nuestro casaento, nuestro único pensamiento será vuestra disccion, vuestra alegria y vuestra felicidad.
De veras, hija mia?
Os lo juro en mi nombre y en el de Federico.
. Con que es decir que os encargais de mi?
Vivireis en nuestra casa con nosotros, y vereis anto os cuidaremos.
Eso no me disgustará. Hace ya cinco años que di á mi pobre Margarita, á mi idolatrada muger, e tenia diez años menos que yo. Contaba con ella para mi vegez, porque debia sobrevivirme en el órden comun de las cosas. Pero las tornas se volvieron, y echó á andar delante de mi para el otro mundo. Mi hijo tiene sus negocios, sus estudios, sus relaciones... Ademas, los hombres... De suerte que ya no tengo á nadie que me cuide; cuando, de tiempo en tiempo, la vegez me hace decir: «Espérame, Margarita; no tardaré mucho en reunirme contigo.» Nuestro cuerpo encierra una porcion de servidores que nos obedecen sin réplica, mientras que somos jóvenes. ¿Es preciso estirar la pierna? La pierna se estira por sí sola. Es preciso levantar el brazo? El brazo está enel aire antes que el pensamiento haya tenido tiempo de mandárselo. Pero llega una hora, hija, en la que estos criados... es verdad que nos sirven aun, pero á cada paso raciocinan, hacen observaciones, y gruñen, hasta que un dia, se niegan del todo á hacer el servicio. Entonces, buenas noches... es preciso marcharse. Gracias á Dios no estoy aun en ese caso, y cuento todavia con diez años para haceros rabiar. Abrazadme, hija mia; y nosotros, señor consejero, vamos á arreglar el asunto. (*toma el brazo de Rusberg.*) Señora de Rusberg, servidor vuestro... Por qué lado vamos?
Rus. Por aqui, señor Alden. (*salen por la derecha.*)

ESCENA VI.

Señora de Rusberg, Carlota.

Car. Qué hombre mas escelente! No es verdad, madre mia?
Seño. Es preciso acostumbrarse á su rudeza.
Car. Si, pero el corazon es bueno! (*Cristian entra y le habla.*)
Seño. Qué dice Cristian?
Car. Mi hermano entra con uno de sus amigos, el caballero Ritan, y Cristian cree que querrán estar solos.
Seño. Dios mio! serán nuevas desgracias?
Car. Bajemos al jardin, mamá; y asi que parta el caballero Ritan, Cristian nos avisará. No es verdad, Cristian?
Cris. No faltaré, señorita.
Car. Vamos.
Seño. Con tal de que esto no acabe peor de lo que tememos!
Car. Valor, madre mia... Dios está con nosotros! (*vanse.*)

ESCENA VII.

Cristian, *solo.*

Me parece que por el momento es el diablo! He visto venir desde lejos al señor Eduardo, y trae un aire tan sombrio.

ESCENA VIII.

Cristian, Eduardo, Ritan, el Baron.

Rit. Vamos, la frente erguida! Valor! No eres hombre?
Edu. Si, tienes razon, Ritan... valor!
Rit. Qué diablo! No eres un jugador de ayer!
Cris. (Apuesto á que en vez de ir á casa de la señorita de Quenisteng, ha vuelto al juego.)
Rit. Luego, tu obstinacion en aquella carta...
Edu. Si, esa obstinacion me ha costado cara. He perdido cuanto llevaba, y ademas mil escudos sobre mi palabra con el baron Danberg.
Cris. A propósito del baron Danberg, su lacayo sale de aqui, y me ha dejado para vos esta carta.
Edu. Si, sé lo que es. (*estruja la carta.*)
Rit. No lees esa carta?
Edu. A qué fin? Me pide sus mil escudos! Le habia

ofrecido que los tendria á las nueve, y ya son las doce.

CRIS. El lacayo ha dicho que al volver del Hotel de Europa se pasará por aqui.

EDU. Está bien! (*vá á sentarse á la izquierda.*) Déjanos, Cristian.

CRIS. Es que tengo que entregaros aun...

EDU. Qué?

CRIS. Otro papel.

EDU. Dame.

CRIS. Tiene sello oficial.

EDU. Vete... Está visto... (*leyendo.*) Es una maldicion!

RIT. Qué es?

EDU. Que hasta ahora solo hemos visto el relámpago; ahora acude el trueno!

RIT. Pero habla.

EDU. Recuerdas aquel asunto de los mil doscientos florines?

RIT. Por el cual te perseguian...

EDU. Acaban de obtener en la cancilleria un auto de prision contra mi.

RIT. Diablo! Eso es mas serio!

EDU. (*amargamente levantándose.*) Si... y mi frente arde! Oh! No hay otro recurso! Ritan, puedo contar contigo?

RIT. En no siendo para cosa de dinero. Ya sabes que estoy como tú.

EDU. No se trata de dinero. Esta mañana sali para ir á la casa de la señorita de Quenisteng.

RUS. Comprendo.

EDU. Habia ofrecido á mi padre traer un si ó un no; pero desconfiando de mi audácia para solicitar de viva voz una respuesta semejante, habia preparado una carta. Al pasar por delante de la casa de juego reflexioné que tenia treinta luises en mi bolsillo, que con estos treinta luises y un poco de fortuna podia adquirir dos ó trescientos mil escudos, con lo cual seria mas osado para hablar de casamiento. He entrado, y todo lo he perdido.

RIT. Y me has traido á tu casa?

EDU. Para suplicarte que me prestes un servicio.

RIT. Unica cosa que puedo prestar...

EDU. Es preciso que hoy se decida mi suerte. Vé á la casa de la señorita Quenisteng, y entrégale esta carta.

RIT. Esta carta! Si es la del baron Danberg.

EDU. Es verdad! (*con desesperacion.*) Esto acabará quitándome la vida!

RIT. Mira, Eduardo, lee esa carta; acaso es menos urgente de lo que crees. (*Eduardo toma y lee la carta.*)

EDU. «Caballero, habeis perdido mil escudos contra mi, los cuales debian serme pagados á las nueve de la mañana; son las doce y estoy esperando todavia. Os ruego que entregueis los mil escudos á mi criado, con los cuales pagaré una deuda que he retardado, porque no es deuda de honor. Baron Danberg.» Lo ves? Marcha á la casa de la señorita de Quenisteng. Toma la carta.

RIT. Confias mucho en este paso?

EDU. Qué quieres decir?

RIT. Quiero decir, que acribillado de deudas como lo estás, la proposicion es no solo ridícula, sino...

EDU. Acaba.

RIT. Lo diré; poco delicada.

EDU. Seria de tu opinion, si yo no hubiera contraido por ella estas deudas.

RIT. Eso será muy difícil persuadírselo.

EDU. No, porque me ama.

RIT. Estás bien seguro?

EDU. Qué es lo que te hace creer lo contrario?

RIT. Escucha; me parece que una jóven que ama á u hombre, no consiente que se mofen de él en su pr sencia.

EDU. Y quién se ha permitido?

RIT. Todo el mundo; hombres y mugeres á cual mas.

EDU. Ritan, necesitaba que me sostubieses; y me mat

RIT. No importa; estoy á tus órdenes.

EDU. No; yo mismo voy; (*tomando el sombrero de mesa.*) y si veo á uno solo de esos fátnos... Esp rame!

ESCENA IX.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. No salgais, señor.

EDU. Por qué.

CRIS. Esta mañana vino el judio Salomon, y lo despe

EDU. Bien hiciste.

CRIS. Pero el juicio que ha entablado contra vos, ejecutorio, segun parece.

RIT. Esto nos faltaba!

CRIS. De suerte, que acaba de traer los medios de resto, y si salis, podriais ser preso.

EDU. Todo á la vez! Todo junto!

ESCENA X.

Dichos, EL LACAYO.

LAC. El señor Eduardo Rusberg?

EDU. Qué me quieres?

LAC. Esta mañana vine á traer una carta de mi am señor Baron Danberg.

EDU. Bien, la veré... Decidle que le pido veinte y c tro horas.

LAC. Mucho temo que se incomode; no obstante i darle la respuesta á la casa en donde se halla ah

EDU. En donde se halla?

LAC. En la de la condesa de Quenisteng.

EDU. En su casa!

LAC. Se desayuna con esas señoras!

EDU. Entonces, esperad en la antecámara.... Soy vos dentro de un momento. (*Cristian y el Lac vanse.*)

ESCENA XI.

RITAN, EDUARDO.

RIT. Soberbia complicacion.

EDU. Si, no es verdad?

RIT. Ese hombre no la ocultará nada.

EDU. Si no le pago; pero si le pago, nada dirá.

RIT. Pagarle tú?

EDU. Si, yo, yo! Lo verás! (*vase por la puerta qu á la caja.*)

RIT. (*solo.*) Pues si tiene dinero, por qué aguard último momento?

EDU. Ritan! (*volviendo muy pálido.*)

RIT. Qué?

EDU. Puedo contar con tu amistad, no es verdad? C que una vez pagadas esa gentes, se aumenta la babilidad de mi enlace con la señorita de Qu teng?

RIT. Sin duda. Pero qué es lo que tienes?

EDU. Nada!

RIT. Nada? Y estás palido como un muerto, y tu fren inunda de sudor?

EDU. Nada te digo! Espérame! (*entra en la caja.*)

RIT. Si comprendo una palabra de este laberinto, siento en pagar á mis acreedores.

EDU. Aqui hay dinero. (*saliendo de la caja, mas p*

con cartuchos de dinero en las manos.)
r. Eduardo!
u. El dinero del mayordomo, el dinero del judio, el dinero de las compras... Encargáte de todo esto, Ritan, y una vez pagados, lleva esa carta.
. Eduardo, este dinero...
u. Qué te importa? (*con fiebre.*) Yo soy quien te lo dá; yo soy quien responde.
. Pero...
u. Corre, no te detengas; apresúrate como si tu alma estuviese en peligro.
. No obstante...
. Te digo que vayas! Cada instante de retraso me es mortal! (*lo empuja fuera.*)

ESCENA XII

EDUARDO, *solo.*

efecto.... no se engañaba... (*cae abatido en una silla; despues viendo que ha dejado abierta la puerta de la caja, corre á cerrarla; dando despues algunos pasos, se encuentra delante del espejo.*) Estoy muy pálido!

ESCENA XIII.

EDUARDO, CRISTIAN.

s. Señor! (*asombrado.*)
. Qué?
s. Está pagando.
. Quién?
s. El señor Ritan. De dónde viene tanto dinero?
. Silencio! (*empujando á Cristian, y pasando por delante de él.*) Federico Alden! Ni una palabra mas estimas tu vida!

ESCENA XIV.

Dichos, FEDERICO.

. Buenos dias, Eduardo.
. Serán ciertas mis sospechas? (*ap. vase.*)

ESCENA XV.

FEDERICO, EDUARDO.

. Ah! sois vos?
Vos? (*asombrado.*)
No. . tú... Perdóname! (*se deja caer en el sillon la derecha.*)
Querido Eduardo, una buena noticia.
Cuál?
Acabo de salvar la vida á un hombre.
. Y llamas á eso una buena noticia?
Cómo?
Quiero decir, que hay momentos en que la vida no rece que se tomen el trabajo de salvarla.
Ah! mi cliente no pensaba como tú.
Tu cliente?
Si, el anciano Sivert, el recaudador de Heildelg, aquel en cuya caja se ha reconocido un déficil quince mil francos. No has oido hablar de este rible asunto?
Si, creo que si.
(*yendo á poner su sombrero sobre la chimenea.*)
! La defensa era dificil! Hace tiempo que esta clale crímenes se hacen tan frecuentes, que el gran que ha decretado la pena de muerte para el ladron las cajas públicas.
Y esa pena, se impone aun cuando... (*levantánse.*)
Aun cuando qué?
Aun cuando el hombre que toma dinero de un caja plica, no sea siempre un ladron?
Qué estás diciendo?
Sin duda. Tu cliente, el anciano Sivert, tenia tal vez la intencion de volver al dia siguiente á la caja esa suma que habia tomado.

FED. Pero considera que de ese modo, el primer truan vendria á disponer del dinero del estado para sus placeres ó sus necesidades.
EDU. Pero tu cliente ha sido absuelto?
FED. No; ha sido condenado á presidio, en vez de serlo á muerte.
EDU. Desgraciado! Y llamas á eso haber ganado la causa?
FED. Pero qué humor tienes hoy? Qué te pasa?
EDU. A mí? Nada! A Dios, Federico.
FED. Eduardo!
EDU. Un presidio! (*saliendo por la antecámara.*) Un presidio!

ESCENA XVI.

FEDÉRICO, SEÑORA DE RUSBERG *y* CARLOTA.

FED. Pero qué podrá acontecerle?
SEÑO. Señor Federico, crei que estaba Eduardo con vos.
FED. Estaba; pero ha subido á su cuarto.
SEÑO. Iba tranquilo?
FED. Me ha parecido tan agitado, que iba á preguntarle la causa.
SEÑO. Un corazon que ama, se engaña con harta frecuencia.
CAR. No son todos tan felices como nosotros.
FED. (*bajo.*) Carlota, lo primero que hemos de hacer es, libertarle de sus acreedores.
CAR. Oh! Qué bueno sois, Federico! (*id.*)

ESCENA XVII.

Dichos, RUSBERG, ALDEN; *despues* EDUARDO.

ALD. Bravo, hijos mios! (*viniendo entre los dos.*) bravo! Los padres hacen los negocios, y los chicos el amor; cada cual está en su empleo. Como ha ido el asunto en el tribunal, Federico?
FED. Abrazadme, padre mio! He salvado hoy la vida de un hombre! Creedme, Carlota... es una dote magnífica la que hoy os presento.
ALD. Señor Rusberg, vamos á hacer esta noche lo que habiamos de hacer mañana temprano, y no hemos perdido el tiempo casando á nuestros hijos.
EDU. Mi padre y el señor Alden! (*entrando.*)
SEÑO. Es él! (*viéndole.*)
RUS. Qué ha pasado, Eduardo?
EDU. Os lo diré todo cuando estemos solos.
ALD. Vamos, vamos; se acerca la hora de comer, y soy tan arreglado en mis comidas, como vos en vuestras cuentas. (*entran en la caja.*)

ESCENA XVIII.

Dichos, menos ALDEN *y* RUSBERG.

EDU. A dónde van? (*siguiéndolos con la vista muy inquieto.*)
SEÑO. Eduardo!
EDU. Madre mia!
SEÑO. Si, ó no?
EDU. Lo sé aun! Ha vuelto Ritan?
SEÑO. No; por qué?
EDU. Porque le he encargado del paso. (*en voz baja.*) Carlota, á dónde han ido?
CAR. Quiénes? (*idem.*)
EDU. Nuestro padre y Alden.
CAR. (*sonriéndose.*) Estaban tan conmovidos por la felicidad de Federico y la mia, que para dominar la emocion, han ido á examinar la caja.
EDU. A examinar la caja?
CAR. Si, hoy es cinco... dia de inspeccion.

EDU. Desgraciado! Lo habia olvidado!
ALD. Socorro! socorro! (*en la caja.*)
SEÑO. Dios mio!
CAR. Qué es esto?
FED. Es la voz de mi padre.
EDU. Soy perdido!

ESCENA XIX.

Dichos, ALDEN.

ALD. Federico, un médico! Pronto! Corre y vuelve con él.
FED. Un médico, para quién?
ALD. No me preguntes... ve! (*Federico sale corriendo.*)
SEÑO. Qué es lo que tiene mi marido?
CAR. Qué es lo que tiene mi padre?
ALD. Vinagre, sales!... (*á Carlota.*) Hija mia, por el amor de Dios, no dejeis entrar á nadie mas que al médico y á mi en el cuarto de vuestro padre.
CAR. Dios mio! Dios mio! (*desaparece un momento por la derecha.*)
ALD. Voy á deciros lo que hay, señora; hay que faltan cinco mil escudos en la caja de vuestro marido.
EDU. Ah! (*cayendo en un sillon.*)
SEÑO. Decis verdad, caballero?
ALD. Si señora, por desgracia; faltan mil luises de oro; y al ver esto, ha caido sin aliento vuestro esposo. (*Carlota vuelve.*)
EDU. (Padre mio!)
CAR. Quiero verlo... quiero verlo...
ALD. Silencio, niña. Acercaos, señora.
SEÑO. Por qué me hablais asi?
ALD. En dónde está ese dinero?
SEÑO. Me lo preguntais á mi!
ALD. Si, os lo pregunto á vos, porque vos lo sabeis. Volved esa suma á la caja de vuestro marido, y nada he visto.
SEÑO. Yo!
ALD. Es un robo doméstico; la caja no está fracturada.

ESCENA XX.

Dichos, FEDERICO.

FED. Qué caja, padre mio?
ALD. La caja pública en que faltan cinco mil escudos. En dónde está el médico?
FED. Le he hecho conducir al lado del señor Rusberg.
SEÑO. Mi marido!
ALD. Os digo que permanezcais aqui. (*deteniéndola.*)
FED. Y se conoce al ladron?
ALD. Se sospecha al menos. (*mirándola.*)
SEÑO. Ah! será él! (*como inspirada.*)
ALD. Ya os decia que conoceriais al ladron.
SEÑO. Caballero, no nos perdais.
ALD. Os digo que se entreguen los cinco mil escudos ó arrancaré su honor de vuestras manos, aun cuando no sea mas que para devolverlo á su cadáver.
SEÑO. Caballero!
FED. Pero de quién sospechais?
ALD. Mira á la frente á esa muger, y conocerás al culpable.
EDU. Mentis! (*adelantándose y con esplosion.*) El culpable soy yo!
ALD. Vos!
FED. Y CAR. Desgraciado!
EDU. Si; acosado por el destino, agobiado por la fatalidad, tentado por el demonio, he tomado ese dinero; el culpable está delante de vos; que haga de mi lo que quiera la justicia.
ALD. Ven, Federico.
FED. Por qué, padre mio?
ALD. Porque no tienes nada que hacer aqui.
CAR. Señor Alden!
ALD. Rompo el casamiento!
CAR. Ah!
FED. Jamás!
ALD. No quiero que seas cuñado de ese hombre, hijo de esa muger.
EDU. Señor Alden, despreciadme, atormentadme, denunciadme, si quereis... todo lo merezco; pero no insulteis á mi madre... ó temblad!
FED. Eduardo!
SEÑO. Hijo mio!
CAR. Hermano!
ALD. Si; amenaza como lo haria un hombre honrado miserable!
EDU. Si, si, á mi cuanto querais, pero á mi madre una palabra!

ESCENA XXI.

Dichos, RUSBERG, *apareciendo pálido y desfallecido el dintel de la puerta de la caja.*

RUS. Eduardo!
EDU. Padre! (*yendo á caer á los pies de su padre*) maldecidme!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Una maleta en un sillon.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, LA SEÑORA DE RUSBERG.

SEÑO. Pobre niña! (*sentada abrazando á Carlota, está de rodillas á sus pies.*) Estabas en el colmo de alegria, en lo mas puro de la felicidad, y yo te he precipitado desde lo alto de tu alegria y de tus esperanzas. Porque ese hombre tenia razon cuando decia que era yo la que habia tomado los mil luises de la caja de tu padre.
CAR. Madre, no hableis asi, que me destrozais el razon.
SEÑO. Ibas á casarte con un hombre que amabas, y padre de este hombre no te quiere ya por hija si te lego la miseria por herencia.
CAR. Ah madre mia! Madre mia! No hablemos mas Federico; renuncio á él para quedarme á vuestro do; no quiero separarme de vos, nunca... nunca! soy vuestra hija? Sé que nada tengo mas que un razon que partir con vos, pero no lo rechazareis, dre mia!
SEÑO. Y eres tú quien me lo dice, tú, Carlota, á q he postergado por tu hermano! Oh! Dios haga una madre mas justa y mas feliz que yo lo he s

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

CRIS. Señora!
SEÑO. Y el médico!
CRIS. Ha partido.
SEÑO. Qué le habeis dicho para motivar el desmay mi esposo?
CRIS. Le he dicho, que habia llegado una carta de lin, firmada por vuestro hermano, en la cual a ciaba una gran desgracia, lo mismo he dicho á los de la casa.
SEÑO. Bien, amigo mio!
CAR. Y mi padre, no ha preguntado por nosotras?
CRIS. Si, señorita; me ha dicho que asi que el m se fuese, deseaba ver á la una y á la otra.
CAR. Vamos, madre mia.

o. Oh! Qué voy á responderle? (*vanse.*)

ESCENA III.

CRISTIAN, *solo.*

cabemos de ejecutar las órdenes del amo.

(*Sale un momento; Eduardo aparece viniendo del in, pálido y abatido de tristeza; vá á sentarse al lado a puerta del cuarto de su padre. Cristian vuelve, tra- do ropa de hombre que mete en la maleta.*)

ESCENA IV.

CRISTIAN, EDUARDO.

. Cristian?
s. Señor?
. Has visto á mi padre?
s. Acabo de dejarle.
. Sigue con igual palidez?
s. Mas todavia.
. Entonces no recobra sus fuerzas?
s. No.
. Qué dice el médico?
. Qué es cosa grave.
. Qué estás haciendo?
s. Ya lo veis.
. Es mi ropa la que estás poniendo en esa maleta?
s. Si señor.
. Por qué?
. El amo lo ha ordenado asi; me dijo que guardase das las armas y todos los cuchillos, y que reuniese dos vuestros efectos; despues se echó á llorar, di- éndome dulcemente: «Dile sobre todo, que le ohibo matarse.»
. Oh! Padre mio! (*ocultando el rostro entre las anos.*)
. Si, pobre padre!
. Cristian, necesito hablarle.
. Eso es imposible.
. Por qué?
. Porque no quiere veros.
. Le causo horror?
. Por el contrario; os ama demasiado. (*se oye mar.*)
Han llamado.
. Permitidme que vaya á abrir; he alejado á todo mundo. (*vase.*)

ESCENA V.

EDUARDO, *solo.*

luda es Ritan. Si la noticia fuese buena, todo podria eglarse aun.

ESCENA VI.

EDUARDO, RITAN.

Ven, ven.
Te he hecho esperar?
Poco importa, puesto que ya estás aqui.
Qué tienes? Por qué esa turbacion?
Dejemos esto. La respuesta?
La tengo, pero...
Dámela entonces.
Antes, dime...
La respuesta, la respuesta!
El casamiento de tu hermana...
Quieres matarme? La respuesta!
Qué diablos! Oyeme antes!
Habla!
Los Quenisteng son de la antigua nobleza, muy icada en punto á alianzas: y el casamiento de tu mana con un abogado...
Qué

RIT. Les choca.
EDU. Ese abogado ha salvado hoy mismo la vida de un hombre; estos son sus títulos de nobleza.
RIT. Qué quieres? Son preocupaciones... lo sé.
EDU. Pero la respuesta..!
RIT. Cree, amigo querido, que me haces sufrir mucho; y que la respuesta, si fuese tal como la deseaba...
EDU. Ella rehusa?
RIT. Esta carta...
EDU. Dame. (*arrancándosela de las manos.*) «Caballero: el señor Baron de Ritan me ha trasmitido vuestra singular carta.» Toma, lee tú, Ritan... la vista se me desvanece; tengo como una nube delante de los ojos.
RIT. (*leyendo.*) «Vuestra singular carta. Os confieso que no puedo comprender una proposicion semejante. Algunas inocentes bromas no os han dado ningun derecho...»
EDU. No, no puede decir eso.
RIT. Míralo!
EDU. Oh Dios mio! Continúa.
RIT. «No os han dado ningun derecho para que creais que os amo; pero como esa buena opinion que parece teneis de mi, podria comprometerme, os ruego que en adelante no honreis mas nuestra casa con vuestras apreciables visitas.»
EDU. Es eso todo?
RIT. Si.
EDU. Oh! imposible! Esa carta la ha escrito por su padre, por su hermano. Tú tienes otra ademas.
RIT. Estaba sola, y nadie la obligaba.
EDU. Ritan, estoy seguro de que tienes otra cosa que esa carta!
RIT. Si, otra cosa; pero te confieso que vacilaba...
EDU. Vacilabas? Y por qué? No sabes que mi vida está pendiente de ese mensaje?
RIT. Ya comprendes que encargado de tus intereses, no me he dejado batir asi.
EDU. Amigo mio!
RIT. La he referido los sacrificios que habiais hecho por ella.
EDU. Bien.
RIT. Por los cuales podia medir tu amor.
EDU. Y qué te ha respondido?
RIT. Pobrecillo, me dijo; ya me lo figuraba yo! Jugaba como un millonario! Eso es otra cosa!
EDU. Ah! ya ves...
RIT. Entonces...
EDU. Entonces...
RIT. Fué á su tocador...
EDU. Y te dió una segunda carta?
RIT. No, quiso darme... un cartucho de oro...
EDU. Oro! Oro para mi alma perdida, para mi padre asesinado! Oh, miserable! oh infame! (*coje su sombrero.*)
RIT. A dónde vas? (*deteniéndole.*)
EDU. A pagarle en su moneda.
RIT. Eduardo!
EDU. Déjame! Déjame! (*vé á Rusberg que sale de su cuarto.*) Mi padre!
RIT. En nombre del cielo, detened á vuestro hijo!
RUS. Dejadnos! (*Ritan se inclina y vase.*)

ESCENA VII.

RUSBERG, EDUARDO.

EDU. Piedad, piedad, padre mio! (*cayendo de rodillas.*)
RUS. Alzaos, y miradme!
EDU. Padre mio, no me atrevo...
RUS. Si. Os es dificil, lo comprendo, mirar el rostro de un hombre honrado!

:

Edu. Sed misericordioso, padre mio!

Rus. Oh! me habeis tratado cruelmente... y todas las alegrías del mundo, suponiendo que el mundo pudiese guardarme aun alegrias, no podrian devolverme las fuerzas que me habeis arrebatado en un momento.

Edu. Maldicion y desgracia sobre mi!

Rus. Esta es la recompensa por las angustias que he pasado en la cabecera de su lecho, cuando niño, si estaba enfermo; por los insomnios cuando, jóven ya, comenzaba á desertar de la casa paterna, y pasaba las noches esperándole; para mis cabellos encanecidos con el terror de lo que hoy acontece! Oh! Eduardo! Eduardo! Hubieras podido recompensarme mejor! (*cae en el sillon, derecha.*)

Edu. (*cayendo á sus pies.*) Si, si... teneis razon, padre mio! Rechazad al hijo indigno, maldecid al hijo ingrato, que en cambio de todo vuestro amor, os vuelve crimen y afrenta!

Rus. Eduardo, vais á partir esta noche misma; no nos veremos mas.

Edu. No veros mas, padre mio! (*alzándose.*)

Rus. En el mundo, al menos.

Edu. Dejaros, huir... cuando soy yo... No, pensadlo bien... es imposible!

Rus. Es preciso, lo exijo! (*levantándose.*) Lo quiero!

Edu. Pero qué vá á ser de vos? (*volviendo á caer de rodillas.*)

Rus. Yo seré... lo que son los depositarios infieles!

Edu. No digais eso... no lo digais.

Rus. Tal vez Federico consienta en defenderme como ha defendido al anciano Sivert.

Edu. Padre!

Rus. Ademas, el gran Duque es bueno, y tendrá piedad de un pobre viejo.

Edu. Oh! no... no será asi; corro á denunciarme; diré que soy el culpable, y...

Rus. Y...

Edu. Y me matarè!

Rus. Desgraciado! Hé aqui justamente lo que no quiero. Si os dais muerte, en dónde estará el arrepentimiento? Si te matas, en dónde se hallará la esplicacion? No. Es preciso vivir; es preciso luchar, es preciso obligar á los hombres á poner la accion cometida en la cuenta de la juventud y de las locas pasiones; es necesario decirles: «Me he perdido por el ardor del juego, por una ambicion insensata, por un amor fatal. Joven y débil, he pagado mi tributo al genio del mal; he caido y mi honor me ha seguido en la caida, pero me he alzado con dignidad. Sostenido por el arrepentimiento y la esperanza, dos ángeles de Dios. Me he levantado, y he atravesado, para llegar á rejiones mas elevadas, esas rejiones perversas. Héme aqui ahora mas grande, porque he estado en el abatimiento; mas fuerte, porque me he arrepentido; mejor, porque la prueba me ha purificado.

Edu. Si, si, padre. Eso será bello.... eso será grande! Pero y vos? Vos!

Rus. A mi no me restan sino cortos dias de existencia. Yo soy lo pasado... Tú eres lo porvenir! (*cae medio desmayado en un sillon á la derecha.*)

Edu. Padre mio! (*arrojándose al cuello de su padre.*) Socorro! socorro!

ESCENA VIII.

Dichos, Carlota.

Car. Qué es esto, Dios mio!

Edu. Mi padre muerto! Y yo soy su asesino! (*de rodillas.*)

ESCENA IX.

Dichos, La Señora de Rusberg, Alden, Federic

Ald. Mas lejos! (*asiendo del brazo de Eduardo.*) M lejos! No sois digno de besar los pies de ese hombr

Edu. Salvad á mi padre, y vengaos en mi.

Ald. Eso es lo que me trae.

Edu. Oh! Vuestra crueldad es mi consuelo! Mi pad quiere que parta libre é impune, yo, su matador! lo permitais! Denunciadme, denunciadme! Acaso habreis hecho ya?

Ald. Y aun cuando asi fuese?

Edu. Os bendeciria de rodillas.

Seño. Pero yo os pediria cuenta de mi hijo, al c podia salvarse, y que vos habreis perdido! (*Eduar vá á apoyarse contra la chimenea con desesperacio*

Ald. Al que podia salvarse? Cómo? Será con vuest bienes? Os los habeis comido! Con la ayuda de vu tros amigos? En dónde estan vuestros amigos? Buse llamadlos en vuestra ayuda; pedidles mil luises! Y vienen, si corren presurosos, si os dan esa suma, diré una palabra mas. Poned ese dinero en la caja nada he visto.

Seño. Oh! Bien sabeis que me pedis lo imposible!

Ald. Con que por todas partes la miseria, por to partes la afrenta... en ninguna parte la salvacion!

Fed. (*acercándose á él.*) Padre, lo que haceis está hecho. En vez de curar al enfermo, lo matais; en de ser justo, sois cruel. Yo, vuestro hijo, os lo dic

Ald. Y yo te contesto, que si la miseria conduce que estoy viendo, no quiero para mi hijo una mu pobre, y por esto... Ven aqui, hija mia. (*Car pasa á su izquierda y Federico á su derecha.*) esto doy á Carlota esta cartera, que contiene dos luises. Ella misma, con su mano inocente, reem zará los mil luises en la caja de su padre, y los o mil serán su dote. Una cosa os exijo, hijos mios, que cumplais la oferta de mantenerme y de cui me... porque... porque... ya no tengo nada... o he dado todo!

Todos. Ah!

Seño. Nos habeis salvado!

Rus. Amigo mio!

Edu. (Oh! qué grande es el hombre cuando es á tra imágen, Dios mio!)

Ald. Y él... partirá. (*señalando á Eduardo.*)

(Eduardo, que permanece al lado de la chime mira á su padre, que se adelanta hácia él lentamen parece esperar su respuesta.)

Edu. Si, si, señor Alden, obedeceré.

(Pasando por delante de Federico, que está en el do del salon, y que le estrecha la mano: Eduardo al á su hermana y despues á su madre, que se lanza l él.)

Seño. Hijo mio! (*sollozando.*)

Edu. Señor Alden, dadme vuestra mano!

(Acercándose á él, que queda solo á la derecha, tendiendo hácia él la mano con temor, le mira con plica. Alden le mira un momento, en silencio, y fríamente la mano, que él le suplicaba.)

Edu. Vuestra bendicion, padre mio!

(Abatido vá á inclinarse delante de su padre, q encuentra al otro estremo del salon.)

Rus. Cuando la hayais merecido!

(Eduardo se alza con pena. Alden, que con la ha fortificado la resolucion de Rusberg, vá hácia Fe y Carlota que lloran. Cristian aparece á la puerta c efectos de viaje; la señora de Rusberg le suplica qu por su hijo. Eduardo se aleja lentamente de su padr jando siempre en él una mirada desoladora: des mientras que Alden, que se ha acercado á Rusberg, trecha la mano para sostener su valor, Eduardo sofo

el dolor, se arroja en los brazos de su hermana y de madre. Cuadro.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La escena pasa en Munich. Un salon con cinco puer- Una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, EL CONSEJERO, BEZANETI.

. Buenos dias, Meyer! (*entrando.*)

r. Vuestro humilde servidor, señor Consejero.

. Está el ministro en su despacho?

r. Asi lo creo.

. Pues no podeis saberlo de cierto, vos, su primer yuda de cámara? (*vá á una puerta.*) Qué es esto? La uerta de comunicacion cerrada por dentro?

r. Lo que quiere decir que el ministro está encerrado on el nuevo favorito; alguna cosa se trama contra osotros. Hace treinta años que soy ayuda de cámara el señor de Warden, primer ministro de S. M. el ey de Baviera, y ayer fué la primera vez que me orenó salir S. E.

. Y de qué trataba el ministro con su secretario?

r. Se trataba de suprimir los juegos... sin consulros.

. Oh! eso es gravísimo!

r. Desde que ese nuevo secretario, ese señor Steven a venido aqui, no se oye mas que estas palabras: ecoomias, progreso y abusos. Y lo que yo digo, señor onsejero; si se destruyen los abusos, de qué vivirán s hombres honrados?

. Ah! eso es una inmoralidad!

r. Quiere tambien ese señor Steven, que en cuanto a posible, se limpie la bolsa de farsantes!

. Imbécil? Quiere convertir la Bolsa en un desierto. lencio!

r. A quién podemos temer?

. Al recien venido. Al querido señor Steven!

r. Callaos! Aqui viene Cristian su criado.

ESCENA II.

Dichos, CRISTIAN.

r. Felices, Cristian. Y vuestro querido señor duardo Steven, está bueno?

s Si.

r. Podemos ofrecerle nuestros respetos?

s. No.

r. Está ausente?

s. Si. (*vase puerta izquierda.*)

. No podremos nunca saber por este...

r. No; pero yo he descubierto alguna cosa por otro do. Ese Steven entró como simple obrero en la fábrica e el señor Blum tiene en las cercanias de Stuttgar. e ignora la procedencia, porque vivia solo, y no haaba con nadie. De todos modos, en fuerza de perverancia y de trabajo, vino á ser contramaestre en casa; despues dependiente principal, y por último verdadero gefe del establecimiento. Entonces fué ando el hijo del primer ministro, el baron Karl, ombrado de su inteligencia, le trajo á Munich para cer de él primero un empleado, despues su amigo, y or último el secretario intimo de su padre.

. Y lo que es mas, el dueño de todos nosotros; porie no nos hagamos ilusiones, Meyer, ese hombre spone á su antojo del ánimo de su escelencia; asomra á las personas formales con su aplicacion en los nepcios, y á los tontos con la variedad de sus conocientos; en una palabra, siendo universal, toca todas las posiciones, las amenaza todas, y no nos deja otra alternativa que luchar contra su fortuna, ó vernos perdidos sin apelacion.

MEY. Por sobresalir en todo, toca de una manera tan distinguida, que ayer, en la casa del ministro, la Condesa Luisa, su sobrina, estando al piano, el señor Steven la acompañó con tanta alma y talento, que todo el mundo decia. «Qué felicidad que haya venido el señor Steven.»

CON. Ja! ja! ja! (*riéndose.*)

MEY. Yo creo que acaso aspira á la plaza de maestro de canto de la condesa Sofia, que tiene cien mil escudos de renta.

CON. Cien mil escudos? Dados por su Escelencia de quien en cierta manera es hija adoptiva.

MEY. No se sabe con toda seguridad. La historia de la Condesa Sofia es una novela misteriosa, un enigma del cual nadie tiene la llave. Todo lo que sé es, que en la época en que el ministro partió súbitamente para ir á buscarla, una carta de Friburgo fué la que le decidió en su marcha. A fuerza de dar vueltas á esta carta y examinarla en todos sentidos, vine á saber que era del Conde de Moroff, un amigo muy antiguo de mi señor; pero nunca supe mas. En el interés público primero, y en el nuestro despues, es preciso saber quién es ese Steven, de dónde viene, y conocer su familia. Un hombre tan puntual en el cumplimiento de sus deberes, tan rígido para consigo mismo, tan sospechoso con respecto á los demas, tan íntegro y tan virtuoso, debe tener algo que reprocharse.

CON. Debemos ayudarnos en nuestras investigaciones.

MEY. Cómo?

CON. No vive aqui en el ministerio?

MEY. Si.

CON. No recibe cartas?

MEY. Acabad.

CON. Haciendo con ellas lo que habeis hecho con las del conde de Moroff, no seria posible?...

MEY. Ya lo he pensado, pero...

CON. Qué?

MEY. No se fia de mi.

CON. Qué injusticia!

MEY. Y ese viejo marrullero de Cristian, su ayuda de cámara, está siempre cuando llegan los despachos.

CON. Tal vez espiando el correo todos los dias... Con perseverancia. (*saca el reló.*) Las nueve. La hora del correo.

MEY. Corro á recibirle.

CON. Aqui está el ministro. A nuestros puestos.

ESCENA III.

Dichos, EL MINISTRO, SOFIA; *despues* EDUARDO.

MIN. Buenos dias, señores.— Meyer, decid al Ugier de servicio, que hoy no daré audiencia. Llamad al señor Steven. (*vase Meyer.*) Su discrecion le ha obligado á dejarnos solos, mi querida Sofia; pero bien pronto conocerá el objeto de nuestra conversacion, porque no tengo secretos para él. (*Eduardo entra.*) Dispensadme, amigo Steven, que haya tanto tiempo encadenado vuestra libertad, sin haber aprovechado vuestro celo por los intereses del Estado; vuestro amor por el bien público; el tiempo que os robo es un tiempo perdido para la felicidad de todos... lo sé muy bien; no obstante, me reservo aun un cuarto de hora; dentro de un cuarto de hora cuento con vos; tengo un favor que pediros.

EDU. Un favor á mi? Monseñor dará sus órdenes, y serán ejecutadas.

CON. (Qué tono mas meloso!) Monseñor!...

MIN. A propósito, mi querido Consejero, os habeis en-

-gañado en el litigio de los habitantes de Selbeg; es evidente que la hija habia recibido el dinero que la correspondia de su madre, y que la reclamacion contra su padre era injusta.

CON. Lo creeis asi, monseñor?

MIN. Tengo la seguridad. He hecho decretar en favor del padre. y creo que esto es lisonjero para vos.

CON. No comprendo, escelencia!

MIN. Si; la hija es linda, y podrian calumniar el interés que en su favor demostrabais.

CON. Solamente deseo, monseñor, que se me envien todas mis notas, y estaré siempre reconocido, ya sea al señor Steven, ya á otro cualquiera que me haya evitado cometer una injusticia.

MEY. La Condesa Luisa espera á su escelencia en su gabinete.

MIN. Qué venga! Yo tambien deseo verla.

SOF. Tengo que hablaros! (*bajo á Eduardo.*)

MIN. Hasta dentro de un cuarto de hora, Steven. Hasta mañana, señores.

MEY. (*bajo y rápido al Consejero.*) Grandes noticias!

CON. Bien! Aqui al momento! (*idem á Meyer.*) Monseñor! (*saludando y vanse.*)

ESCENA IV.

EL MINISTRO, LUISA.

MIN. Ven, hija mia, ven!

LUI. Querido tio! (*el ministro la abraza.*)

MIN. Cómo se desarrollan estas flores de juventud y de belleza! Y no obstante, llevas una vida tan triste en la casa de tu anciano tio!..

LUI. Con qué objeto me decis eso? Qué vida es mas feliz que la mia? No acude todo á mis deseos? Una sola cosa me faltaba, una amiga; pero vos, que lo comprendeis todo, habeis adivinado esta necesidad de mi corazon.

MIN. Si, y he hecho venir á Sofia... una hija adoptiva, no es verdad? La amas mucho?

LUI. Cómo no amarla! Es verdad que pudiera tener envidia al ver á mi lado una persona tan perfecta; pero ya lo sabeis, tio... admiro, y no envidio.

MIN. Entonces estás contenta de ella? Cuánto lo celebro! Tambien creo como tú que es una persona encantadora!

LUI. Tan encantadora y tan buena, que estoy triste al pensar que algun dia será preciso separarme de ella.

MIN. Justamente queria hablarte de eso. El momento de esta separacion se acerca, hija mia.

LUI. Vuelve á Francia?

MIN. No.

LUI. Se casa?

MIN. Ella y tú; las dos os casais.

LUI. Yo!

MIN. Ya sabes, hija mia, que las altas posiciones tienen exigencias supremas; raramente una jóven de tu condicion, escoje marido por si misma. Escúchame; el hombre que te destino....

LUI. Deteneos! No puedo permitir que me sobrepujeis en franqueza. Tio, yo amo. Vos el mejor de mis amigos, el mas antiguo de mis confidentes, escuchadme. Obedeceré vuestras órdenes; estimaré, respetaré, me casaré con el hombre que elijais; pero amarle! Oh! amarle! Es imposible! Nunca amaré mas que á él solo! A él, que es noble y bueno; á él, cuyas virtudes es una herencia paternal. Tened piedad de mi, porque el que amo es Karl! Es vuestro hijo!

MIN. Dios te bendiga, mi buena Luisa; Dios bendiga mi casa y á mi Karl! Este era el que queria proponerte... Ese era el que te habia escojido por esposo!

LUI. Ah padre mio! Dejadme abrazar vuestras rodillas!

ESCENA V.

Dichos, EDUARDO.

MIN. Venid, Steven, venid á apresurar la felicidad de este angel del cielo!

EDU. Yo, monseñor?

LUI. Sed mi amigo, (*tendiéndole la mano.*) como lo es de Karl.

EDU. Señorita... (*inclinándose profundamente.*)

LUI. Tio, mi felicidad iguala á mi reconocimiento.

ESCENA IV.

Dichos, menos LUISA.

MIN. Steven, se trata de la felicidad de dos seres q me son queridos, y esta felicidad está en vuest manos.

EDU. Osaré deciros que la providencia no ha podi ponerla en mejores manos.

MIN. He resuelto casar á mi sobrina Luisa con mi h Karl; pero Karl me parece que no es partidario m ardiente del matrimonio; á vos, que sois su amigo, que os ama como á un hermano, os encargo de lleva esta proposicion en mi nombre, y decirle que har dos personas felices aceptándola, á mi, y á su pri que le ama.

EDU. Monseñor, todo lo que la persuasion pueda ins rar de ardientes palabras al corazon y á los lábios un amigo, el reconocimiento las hará salir de mi co zon y de mis lábios.

MIN. Gracias, Steven! El cielo os ha enviado en me de nosotros! A propósito, estendedme ese contrato casamiento.

EDU. El de la condesa Luisa con el baron Karl?

MIN. No; el de la condesa Sofia con el conde de Melde tens; hacemos las dos bodas al mismo tiempo. Ha despues, amigo mio, el rey me espera. (*vase.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, *asombrado.*

Qué es lo que ha dicho? El casamiento de la cond Sofia con el conde de Meldenstens! Oh! es mi d gracia! Es mi desesperacion! Es mi muerte la acaban de anunciarme! (*cae en un sillon con la beza entre las manos.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO, MEYER, (*apareciendo por el centro.*) CONSEJERO *llega furtivamente por una puerta del la*

MEY. (*rápidamente al Consejero.*) No se llama Steve sino Rusberg; es del pueblo de Manhein, hijo de recaudador de rentas; su padre murió á consecuen de un pesar desconocido. Yo tengo una tia anci que llega de ese pueblo, y conoce á todos sus ha tantes.

CON. Dentro de media hora en mi casa.

MEY. Bien!

LOS DOS. Silencio! (*desaparecen.*)

ESCENA IX.

EDUARDO, *despues* CRISTIAN.

EDU. Casar á Sofia! Ah! es el último golpe! A Dios sueños y mis locas esperanzas! Todo ha conclu para mi... todo!

CRIS. Señor, una carta de Manhein!

EDU. Una carta de mi familia?

CRIS. Si; por estraordinario. (*Eduardo la abre y para si.*) Qué hay de nuevo, señor?

EDU. Todo vá bien allá, mi pobre Cristian! Los mil l ses han sido reembolsados al señor Alden, parte

enta de la casa, y parte...

Con lo que vos habeis enviado. Y Dios sabe de nto os habeis privado para ello. En fin, esa noticia volverá la alegria!

La alegria! Mira lo que sigue.

(*leyendo.*) «El señor Alden exije, mi querido uardo, que te diga lo que hubiera querido ocultarte; decir, que nuestro pobre padre vá de mal en r.»

Ah! (*dejando caer la cabeza entre sus manos.*)

Señor Eduardo!

Oh! Padre mio, padre mio!

Es preciso esperar en Dios! El señor Rusberg es en aun...

Cristian! Cristian! (*pasando al canapé.*) Me ha hibido matarme, y él se deja morir!

Señor, escribidle que vuestra posicion es bella, rosa y envidiada de todos; escribidle que sois fe- y será un bálsamo que alivie su herida.

No puedo escribirle eso, Cristian!

Por qué?

Porque no es verdad; porque soy mas desgraciado nunca; porque estoy desesperado!

Vos! Algun complot de esas gentes villanas, no es ? Los Nebel, los Bezaneti... Otra vez la intriga? hombres amenazan vuestra fortuna?

No; es la justicia de Dios que amenaza mi amor.

Vuestro amor? Desde que fuisteis engañado por ella infame muger, no jurasteis no amar mas á ie!

Si, es verdad! Lo habré jurado, pero qué quieres? he podido cumplir mi promesa. He visto en casa ministro á su hija adoptiva.

La condesa Sofia!

En vano mi ángel bueno me gritaba: «No mires ese lado! Huye, huye, desgraciado!» Volvi la ca- a hácia ella! Una de sus miradas me dijo que me dase, y no he tenido fuerza para huir!

Oh! vos la amais?

No solamente la amo, sino que tambien soy amado ella! Y ahora mismo acaba el ministro de orde- me que estienda el contrato de casamiento de la desa Sofia con el conde de Meldenstens. Ella ignora én soy yo, y aspiraba al momento en que pudiera se- arla de este mundo que detesto. La hubiera conducido lejos, que ningun eco de lo pasado habria venido á bar nuestro amor. Pero no... ahora todo se ha ho imposible! Oh! qué implacable es esta felicidad me ha sacado de las manos de la justicia! Qué es rision perpétua? Qué es el cadalso comparado con e temor de todos los instantes? Con estos terrores me asedian por la noche cuando entro en el lecho, la mañana cuando me levanto, y murmuran en oidos. «Pasará la noche sin que se sepa lo que has ho? Correrá el dia sin que se descubra tu crimen?

Ah! señor!

Pueden fingirse todas las virtudes; para esto basta hipócrita como Nevel, ó ambicioso como Bezane- pero existe una que por ser en alguna manera el úmen de las demas virtudes, dá al mendigo que e la limosna, esa mirada serena que penetra hasta cielo; al acusado esa voz tranquila que vá recta al azon de los jueces, y que dice: «Vuestra acusacion njusta.» Esa virtud, Cristian, yo la tenia, y la he dido; y con ella he perdido el valor, la fuerza, todo que es grande y noble.

Ah! Señor Eduardo, exajerais mucho.

No. Mira, hay en un rincon del cerebro del hom- ; bajo la capa de su cráneo, una luz que arde para olo, que le enseña las verdaderas sinuosidades de la a, que le muestra, en medio del vago sendero que el destino le traza, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo recto y lo imputable: esa luz es la conciencia! Haz que se agiten sobre ella los cuatro vientos del cielo, y el vendabal que promueban no la impedirán nunca que suba pura y recta hácia Dios; pero que pase el crímen, y que la aje con su aliento; la luz se estingue, y el criminal vá tropezando en la noche de la afrenta, á las tinieblas de la ignominia!

Cris. Oh! un arrepentimiento como el vuestro mereceria la absolucion del crimen mas grande; además, en los cuatro años que hace partisteis de Manhein, nada se ha traslucido de aquella fatal aventura; todo el mundo lo ignora.

Edu. Todo el mundo la ignora, pero la sé yo! Oh! estoy lleno de buenas intenciones, lo juro, Dios lo vé; y estas buenas intenciones, el ministro desea siempre secundarlas. Me he apercibido de que se le engaña, que la justicia es prostituida, que el favor es comprado, los destinos se venden, que las personas honradas caen de sus puestos, que los miserables se elevan; veo todo esto, y no me atrevo á apoderarme de la intriga, á ponerla bajo mi pie, y arrancarla su máscara. Una injusticia me subleva, mi sangre arde, la palabra sube amenazadora á mis labios, abro la boca, voy á hablar... Pero el sentimiento de mi afrenta me coje de los cabellos, mi conciencia me grita, «Qué eres tú, tú que quieres reprender á los demas?» Me parece que cuantos ojos me miran, ávidamente leen en el fondo de mi alma; que todas esas bocas, que me sonrien amargamente, murmuran en medio de su sonrisa, esa frase que cada latido de mis arterias hace sonar en mis oidos. «La honra de tu padre, miserable! La honra de tu padre! (*se deja caer en el canapé.*)

Cris. Oh! pobre señor mio! Nunca os he visto asi! Oh! si tuvieseis valor...

Edu. Qué?

Cris. El baron Karl de Warden, el hijo del ministro es vuestro amigo; id en su busca y contádselo todo.

Edu. Lo que ha pasado allá abajo?

Cris. Si.

Edu. Me despreciará, Cristian.

Cris. No; vos le hablareis como acabais de hablarme á mi: en vez de huir de vuestros enemigos, hacedles frente; marchad hácia ellos con la cabeza erguida!

Edu. Amigo, dos veces amigo mio, puesto que lo eres en la miseria; tú que te muestras reconocido por los cortos beneficios que has aceptado, cuando otros se me han vuelto ingratos; acepto tu consejo, y tendré fuerza para seguirle! Oh! cuan grande eres alli, donde tantos otros son pequeños! No puedo recompensarte, pero tu corazon te recompensará. Abrázame, Cristian.

ESCENA X.

Dichos, el Consejero.

Cris. Ah señor! Tantas bondades! (*viendo al Consejero, se aparta de los brazos de Eduardo.*)

Edu. Por qué te alejas?

Cris. El Consejero.

Edu. Que el Cielo me niegue la mano de un amigo para cerrarme los ojos en mi última hora, si existe un solo ser en la tierra á quien yo quiera ocultar que eres el hombre que me quiere mas, y que eres aquel á quien mas quiero. Ven á mis brazos, Cristian, á mis brazos! (*le abraza.*) A Dios, señor Consejero. (*volviéndose.*)

Con. Dispensadme, señor Steven, si interrumpo, segun parece, una escena de sentimiento, que á la vez honra al amo y al criado.

Edu. Vete, Cristian, porque tu modestia se pareceria á la humildad, y mi reconocimiento al orgullo! Vete.

ESCENA XI.

EDUARDO, EL CONSEJERO.

EDU. Espero vuestras órdenes. (*indicando el canapé al Consejero, y tomando un sillon.*)

CON. Señor Steven, cuanto mas os veo y mas aprendo á conoceros, mas creo apercibir que la posicion que ocupais cerca del ministro, es contraria á vuestras inclinaciones

EDU. (*sentándose á alguna distancia del Consejero.*) No es precisamente la posicion la que es contraria á mis inclinaciones; es el sistema de intrigas que combato, y que temo triunfará, á pesar de todos mis esfuerzos; por esto pienso algunas veces en alejarme de la corte; quisiera dejar los negocios, porque soy inhábil para ellos.

CON. Solicitais cumplimientos?

EDU. No; solicito descanso.

CON. Descanso á vuestra edad! Cuando estais en toda la fuerza de vuestra juventud!.. Cuando los favores llueven sobre vos!

EDU. Los favores cambian de nombre, y se convierten en beneficios, cuando sobrepuja el mérito del que los obtiene. Me hago justicia, y confieso altamente que no merezco lo que se hace por mi!

CON. Los favores están siempre bien colocados, cuando por casualidad se dirigen á la vez á un alma distinguida, y á un hombre... *honrado.*

EDU. Señor Consejero! (*algo turbado,*)

CON. Cómo! Os avergonzais? En verdad, señor Steven, que nunca he visto una modestia como la vuestra! Hombre honrado es lo menos que se puede ser.

EDU. Entonces, os doy gracias, porque me estimais como una cosa que creeis la más insignificante.

CON. Voy á probaros que no teneis un puesto tan mezquino en mi espíritu. Acabo de ver al ministro en palacio; le he hablado de la repugnancia que pareceis tener por el lado militante de la politica; del deseo que ya habia notado en vos de llevar una vida mas retirada y mas tranquila; y en vista de mi proposicion, os ofrece la plaza de director de la caja de las Aduanas.

EDU. A mi?

CON. No os prometiais tanto, no es verdad?

EDU. Si; y permitidme que dude...

CON. El decreto será firmado mañana, si lo quereis asi; y tan luego depositeis la fianza, la caja os será entregada.

EDU. La caja! Oh!

CON. Sabeis que es una de las mas considerables del reino, y que encierra siempre dos ó tres millones?

EDU. Yo no he deseado, yo no he pedido ese destino.

CON. No por eso es menos honroso para vos haber sido juzgado digno de ocuparle... tanto por vuestros amigos, como por vuestros enemigos. Oh! no es como en la política!.. Aqui no se trata de razon, ni de sentimiento; el empleo de director de la caja de las Aduanas es un negocio de simple contabilidad, y no ocupa mas que las manos. (*observando á Eduardo, pasando por detrás de él.*) No me respondeis?

EDU. (*turbado.*) Dispensadme; pensaba en la fianza... en la dificultad, diria tambien, en la imposibilidad de procurármela.

CON. Ba! Hay amigos en el mundo! No sois de Manhein? Pues bien! Estoy seguro de que en Manhein, no faltarán personas que se apresuren á prestaros esa miserable fianza. Yo conozco á muchos en Manhein, y sino quereis dar los pasos necesarios, los daré por vos, envaneciéndome de servir á un hombre que me ha impedido cometer una injusticia en el litigio de la bella aldeana Selberg, contra su familia. A Dios, señor Rusberg... Ah! ahora recuerdo... En otro tiempo conoci en Manhein á un tal Rusberg, que en la actualida está bien enfermo. Pobre hombre! No sé como s nombre ha venido á mis lábios al tratarse del vuestr Perdonadme, mi querido amigo. A Dios, señor Ste ven. (*vase.*)

ESCENA XII.

EDUARDO, *solo.*

Director de las Aduanas; una caja de dos millones, en pleo que no ocupa mas que las manos; una fianza q hallaré en Manhein... mi padre enfermo... el nomb de Rusberg pronunciado como por error ó casualida Oh! es imposible que todos estos golpes dados en misma llaga, sean efectos del azar! Estoy perdido! Q debo hacer? Huir! Abandonar á Sofia! Retroced cuando la tempestad se amontona!... Doblegarme ba el trueno que ruje! Lo diré todo al baron. Pero cuan sepa que el que ha protegido, que el que ha llama amigo suyo.... cuando sepa que este hombre... Di mio! Inspiradme! Si sois verdaderamente el Dios misericordia, y el arrepentimiento o conmueve, e viad en mi ayuda uno de vuestros ángeles. Dios m socorredme! Dios mio, sostenedme!

ESCENA XII.

EDUARDO, CRISTIAN, *despues* SOFIA.

CRIS. Señor, la condesa Sofia!

EDU. Aqui!

SOF. (*entrando.*(Si, aqui, porque se trama contra v y era necesario que os lo advirtiese una amiga. (*d su abrigo en un sillon.*)

EDU. Cristian, vela y adviérteme si se presenta algu á quien no pueda negarme! (*vase Cristian.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. (*haciéndola pasar al canapé.*) Sentaos, quer Sofia; estais conmovida... temblorosa.

SOF. No es el consejero Benazeti el que acaba de s de aqui?

EDU. El mismo!

SOF. Qué ha venido á deciros?

EDU. (*tristemente.*) Ha venido á decirme que estoy p dido!

SOF. No os comprendo!

EDU. Qué me importa mi vida, mi honor, mi posic desde el momento en que os pierdo!

SOF. Estais loco, Eduardo?

EDU. Leed. (*presentándola un papel.*)

SOF. Un proyecto de contrato de boda entre mi y conde de Meldenstens?

EDU. Que el Ministro me ha encargado llenar.

SOF. Y le obedecereis?

EDU. Es mi deber.

SOF. Teneis razon, Eduardo; cada cual cumplirá con suyo. Nunca seré la muger del conde de Meldenste

EDU. Qué estais diciendo, Sofia?

SOF. No os he confesado que os amo? No os he pro tido ser vuestra muger? No os he jurado, si no po cumplir este juramento, al menos no serlo nunca otro?

EDU. Pero vuestro padre!.. El conde.

SOF. El conde no es mi padre; jamás he conocido al me dió el ser. Un dia... se me habia hecho venir Francia; el conde me abrazó, me condujo aqui me dijo que en lo porvenir viviria al lado de su brina, y como á ella me dió su título; pero todos e beneficios no ligan mi corazon, no ligan mas que persona. Desde el momento en que el conde me e el sacrificio de mis mas caros sentimientos, la rupt de los compromisos adoptados. Primero suplicaré

onde que no haga, por una alianza sin amor, la des-
racia de mi vida; y si no me quiere conceder á aquel
quien me he ofrecido yo misma en la religion de mi
orazon, le pediré que me devuelva para el resto de
is dias, el olvido en que he pasado los quince prime-
os años de mi vida.

. Pero si rechaza vuestra súplica, si exije que os ca-
eis con el conde?..

. Entonces diré: Eduardo Steven, soy vuestra pro-
etida delante de Dios y de los hombres; devuelvo al
onde el título que me ha dado; rehuso la dote que
e ofrece, torno á ser la jóven sin parientes, sin for-
una y sin apoyo; dejemos la Baviera, y vámonos á
ivir en algun rincon ignorado, ricos con vuestro mé-
to y con nuestro amor.

. Sofia, lo hareis sin vacilar y sin remordimientos?

. Sin remordimientos?

. Sin conocer á aquel á quien unis vuestro destino,
mismo que si le conocieseis?

. Eduardo, un cierto orgullo que vive en mi, me
ice que no sabré amar nunca á un hombre indigno
e mi!

. Sofia!

ESCENA XV.

Dichos, Cristian.

. El carruage del baron de Wander acaba de dete-
erse en el patio.

. El hijo del ministro! Si me hallase aqui... Me re-
ro. (*va por su abrigo.*)

. No, Sofia. (*tomando una resolucion.*) Es preciso
e mi suerte se decida hoy mismo; tenia que hacer
a confianza al baron. Entrad ahi, y no perdais una
labra de cuanto voy á decir. Cuando me hayais oi-
, si me creeis indigno, salid por la puerta de ese
binete que da al corredor; no viéndoos aparecer
ando el baron marche, lo comprenderé todo. Den-
o de una hora dejaré á Munich, y en tres dias la
viera; no me vereis mas. Si, por el contrario, á pe-
r de lo que oigais, me seguis amando; entonces, So-
, no me perteneceré! Soy vuestro en cuerpo y en
na; vos ordenareis, y yo obedeceré vuestras orde-
s! Ireis delante de mi, y os seguiré por todas par-
; y cuando os plazca deteneros, caeré ante vos di-
ndoos: Sofia, no es vuestro esposo, es vuestro es-
vo quien se halla á vuestros pies!

. (*apareciendo.*) El baron de Warden.

. Entrad, Sofia, entrad! (*entrándola en el gabinete
la izquierda.*)

ESCENA XVI.

Eduardo, *el* Baron, *en trage de oficial bávaro.*

(*con dulzura.*) Buenos dias, mi querido Steven.
tabais con alguien? Os soy molesto?

Por el contrario, sois mil veces bien venido! De-
ba ardientemente veros, señor baron, y me dispo-
á ir á vuestra casa.

De modo, que los dos teniamos el mismo pensa-
ento y el mismo deseo; pero á vos, Eduardo, no
ia un sentimiento egoista el que os dirigiera á mi;
no tendreis que hacerme alguna confianza, nin-
n secreto que depositar en mi seno.

Tal vez.

Pues hablad entonces; si un pesar confiado á un
igo se hace mas ligero, decid que no lo soy vuestro,
á partir desde hoy, no pierde su gravedad.

Me adivinais y me prestais valor. Siempre noble,
mpre generoso! Os reconozco bien!

Bar. Hablad, ya os escucho.

Edu. Dios mio!

Bar. Qué teneis?

Edu. En el momento de abordar una confesion terrible, vacilo, y tiemblo. Oh baron! Quisiera, en vez de deberoslo todo, haberos prestado alguno de esos servicios eminentes, que comprometen á un hombre con otro.

Bar. Ese servicio eminente, que sentis no haberme prestado, venia precisamente á reclamarlo de vuestra amistad. Dejadme hablar el primero; prometedme obrar segun el deseo de mi corazon, y entonces hablareis vos, y mi reconocimiento será tan grande, que cualquiera que sea el servicio que me pidais, y que yo os preste, me veré en deuda con vos, puesto que os deberé la felicidad de toda mi vida. (*le toma el brazo, y le lleva al canapé.*)

Edu. Acepto el pacto santo que me ofreceis, y juro fidelidad á vuestros intereses, aun cuando el camino de vuestra felicidad deba pasar sobre mi tumba. (*se sienta junto el canapé.*)

Bar. Escuchad. (*estrechándole la mano.*) Mi juventud ha sido una juventud muy triste; he llegado á la edad de veinticinco años sin amistad y sin amor.

Edu. Y ahora?

Bar. Ahora tengo los dos. Un amigo, que me ama, y una muger á quien amo.

Edu. Sabeis ya que hoy vuestro padre, el conde de Warden...

Bar. Os ha encargado de sondear mis sentimientos respecto á mi prima la condesa Luisa. Lo sé.

Edu. Y en tal caso...

Bar. La condesa Luisa, no es la muger á quien amo, Eduardo.

Edu. Pero vuestro padre se regocija con este casamiento.

Bar. Mi padre sabe demasiado lo que es una union, en la que de una parte falta el amor, para insistir en la mia, asi que le digais, que no solamente no amo á la condesa Luisa, sino que amo á otra muger.

Edu. A otra muger!

Bar. Le direis que amo á la condesa Sofia.

Edu. La condesa Sofia! (*levantándose.*)

Bar. Qué teneis? (*id.*)

Edu. Nada; pero dejadme hablar francamente, baron. No creo que la condesa Sofia os ame.

Bar. No lo creeis? Por qué? De dónde nace esa duda? No me respondeis? Pareceis turbado.

Edu. Sabeis que vuestro padre me habia encargado hablaros de vuestro casamiento con la condesa Luisa. Espera una respuesta. Qué le diré?

Bar. Nada; no le digais nada de mi amor. (*pasando con mucha frialdad por delante de él.*) Yo mismo le hablaré, porque siendo un asunto entre el padre y el hijo, es inútil que un estraño se ocupe de él.

Edu. Un estraño?

Bar. Dispensadme, Eduardo; pero me parece que no sois muy favorable á la condesa Sofia.

Edu. Yo?

Bar. Desde que he pronunciado su nombre, cualquiera diria que un soplo de hielo ha pasado entre nosotros!

Edu. Os he jurado fidelidad, fidelidad indestructible, baron! Dudais de mi palabra?

Bar. No, sé que sois un hombre, con cuya fé se puede contar; la confianza ha aliviado mi corazon; á mi ver, tengo en el mio un lugar para vuestro disgusto.

Edu. Baron, mi historia no es de aquellas que se cuentan á las personas felices.

Bar. Eduardo, me habeis ofrecido...

EDU. Os escribiré.
BAR. No queriais hablarme hace poco?
EDU. He reflexionado, y no puedo ahora. Un escrito valdrá mas que mis palabras.
BAR. Qué teneis, Eduardo? Palideceis!
EDU. Yo? Por el contrario, esta es la primera vez hace mucho tiempo que me siento bien; porque, á contar desde este momento, mi partido está irrevocablemente tomado. Veré á la condesa Sofia, y... tranquilizaos, procederé del mejor modo posible.
BAR. Pero yo, Eduardo, no puedo hacer nada por vos?
EDU. Nada; absolutamente nada, baron. A Dios.
BAR. Entonces, hasta mas ver. (*toma el sombrero.*) No sé, Eduardo, pero vuestro cambio súbito...
EDU. Desconfiais de mi amistad?
BAR. (*despues de vacilar.*) No! no! Eduardo, mi felicidad queda en vuestras manos. (*volviéndose al partir.*)

ESCENA XVII.

EDUARDO, SOFIA.

EDU. Sofia! (*viéndola en el dintel del gabinete.*) Soy bastante desgraciado!
SOF. Por qué motivo? En qué ha cambiado la situacion?
EDU. El baron os ama, y he jurado...
SOF. Si, habeis jurado servirle cerca de mi; pero yo he jurado tambien no escuchar lo que teneis que decirme!
EDU. (*con fiebre.*) Me escuchareis, no obstante, Sofia, porque voy á hablaros de lo mas profundo de mi corazon; porque el baron de Warden es un noble espíritu, su alma es digna de la vuestra, y cuando os ofrece un nombre sin mancha, un amor inmenso, una fortuna real, debo deciros: «Sofia, ese es vuestro esposo; no penseis mas en mi!»
SOF. Por qué no he de pensar en vos?
EDU. Porque yo no tengo nada de lo que él tiene; porque tanto como él es digno, soy yo, Sofia, indigno de vos.
SOF. No os comprendo.
EDU. Recordais que os abri la puerta de ese gabinete, para que oyeseis un secreto terrible que iba á confiar al baron?
SOF. Y no se lo habeis confiado.
EDU. No, porque era inútil para él; pero á vos, Sofia, debo revelarlo todo sin demora, al instante mismo.
SOF. Hablad, Eduardo; ya veis que os escucho con calma, que espero sin palidecer.
EDU. En nombre del cielo, Sofia, tened piedad de mi, renunciad á mi, amándome, estimándome. Mi felicidad, al precio de lo que tengo que deciros, seria comprada demasiado cara, porque entonces... Oh! aun con vuestro amor no habria ya felicidad para mi.
SOF. Eduardo, cuanto mas terrible es ese secreto, mas, yo vuestra prometida, yo vuestra muger, tengo el derecho de conocerlo, y de compartirlo.
EDU. Sofia, el baron de Warden os ama, hará de vos una muger rica, honrada, y feliz. Sofia, os lo ruego... casaos con el baron Warden.
SOF. Espero el secreto que me habeis prometido.
EDU. Lo quereis? Pues bien...
SOF. Pues bien.
EDU. Soy...
SOF. Acabad.
EDU. Soy un... Oh! nunca tendré valor para pronunciar esa palabra! No! no! (*pasea con grande agitacion.*)
SOF. Habeis dicho que escribiriais. Escribid!
EDU. Lo exijis, Sofia? (*pasando muy rápidamente junto á la mesa, dice despues en el momento de escribir arrojando la pluma.*)
SOF. No exijo nada, no quiero nada; hablad ó callaos, poco me importa! Os he dicho que os amaba, y cuando una muger como yo ha dado su corazon, es para siempre.
EDU. No, no habeis prometido nada, nada habeis ofrecido, ningun juramento os liga; os devuelvo vuestra palabra, Sofia, al daros este papel, en el cual firmo yo mismo mi sentencia de muerte. Tomad. (*Sofia toma el papel y quiere leer, pero Eduardo lanza un grito.*) Oh! No aqui, no delante de mi! Moriria de vergüenza! Sofia! Sofia! A Dios! (*la conduce hasta la puerta y viene á caer en un sillon en primer término.*)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, *solo.*

Oh! Ahora es cuando estoy verdaderamente perdido.

ESCENA XIX.

EDUARDO, SOFIA.

(La puerta se abre de nuevo, Sofia aparece en el dintel, se acerca lentamente, y toca la espalda de Eduardo el cual, al verla, se echa hácia atrás, lanzando un grito.)
EDU. Ah!
SOF. Eduardo, la falta es grande; pero la misericordia de Dios es infinita, como mi amor!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion. Mesa á la izquierda; un sillon al lado, y otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MEYER, BENAZETI, CONSTANTI.

MEY. Y qué tenemos?
BEN. (*viniendo del fondo.*) Nuestro hombre ha quedado confundido, cuando le llamé por su nombre.
MEY. Entonces, es él?
BEN. Quién lo duda?
MEY. Eduardo Rusberg de Manhein!
BEN. El mismo.
MEY. Ah! Ya es nuestro!
BEN. Parece que estais satisfecho. (*á Meyer.*) Decidme, me parece que el baron ha estado ayer mucho tiempo hablando con Steven.
MEY. Y ha salido bien triste.
BEN. Triste? Pero por qué, sabeis?
CONS. El baron rehusa casarse con la condesa Luisa.
BEN. Y conoceis la causa de la negativa?
MEY. Yo arriesgaria mi opinion.
BEN. Arriesgadla, Meyer.
MEY. Pues bien, juraria...
CONS. Qué?
MEY. Que el baron está por la condesa Sofia.
BEN. Pues no deciais que era Steven el que gustaba de ella?
MEY. Y qué habria de estraño en que dos hombres tuviesen enamorados de la misma muger?
BEN. (*alegre, y pasando enmedio.*) Pues entonces el señor secretario está perdido sin recurso. Tres enemigos á la vez; el ministro, el baron Karl, y la condesa Luisa, á la cual se puede hacer comprender, con cierta destreza, que debe á una traicion de Steven una negativa, que le insulta. Me encargo de ello

. Chiton!
Dos. Qué?
. Ella es!

ESCENA II.

Dichos, la Condesa Luisa.

Está en su despacho mi tio, Meyer?
El rey le ha llamado, señorita; pero tal vez haya rado por la escalera secreta.
(*sentándose á la izquierda.*) Aseguraos de ello, y guntadle si puede recibirme. (*Meyer vase; Bena- se acerca á la condesa.*)
Condesa, permitid que aproveche la ocasion de laros en mi camino, para presentaros mis respe- sos homenages, y ser el primero en felicitaros.
De qué, caballero?
De vuestro casamiento, condesa. No os casais con baron Karl? (*movimiento de Luisa.*) (Sabe la ne- iva.)
saliendo.) Aqui está su escelencia.
. Esto marcha. Ahora al baron. (*salen.*)

ESCENA III.

Luisa, *el* Ministro.

Me pides audiencia, hija mia? (*abrazándola.*)
No, tio. Deseaba solamente saber si teniais al- en con vos.
Si tenia alguien conmigo? Detrás de esos bellos os se oculta una confianza, que solicita salir.
Tio, siempre habeis sido tan bueno, tan indul- te para mi, que estoy segura que lo sereis hoy bien.
Indulgente! Desde que te recogi de manos de tu lre moribunda, de mi pobre hermana, nunca has esitado de mi indulgencia.
Oh mi querido tio!
En dónde está nuestro corazon? Tan alegre ayer, qué parece hoy tan triste?
Conoceis que es la tristeza la que me conduce á stro lado?
Hay necesidad de preguntártelo? Pero inútilmen- usco la causa de esa tristeza. Has visto á Karl?
i.
Y qué te ha dicho?
(*conteniendo sus lágrimas.*) Oh! no ha habido stion entre nosotros de vuestros proyectos; pero lando, me ha dicho lo que él sabia ya; que me ba como se ama á una hermana; y yo me he cibido de lo que ignoraba... y es, de que le amo o se ama á un hermano.
Tú!
Oh! Os lo juro, tio!
Alza un poco tus bellos ojos, y mírame, Luisa. mas á Karl como á un hermano?
Al menos, trataré de hacerlo... lo conseguiré. (*cae codillas.*) Oh! soy muy digna de lástima! Karl á otra muger!
A otra que no es mi Luisa? Si, algun amor de n; algun capricho, que se toma por una pasion, ndo el corazon está desocupado... cuando se tie- veinte años. Pero un amor verdadero, un amor resista al tuyo, un sentimiento que pueda equi- r la felicidad, que todo hombre esperimentaria ándote muger suya! No! Karl no ha conocido ca ese sentimiento, no; aun cuando su corazon viese consagrado á otra, una de tus miradas bas- para arrojarle de él eternamente.
Ama á otra, y no es, como lo decis, una fantasia del momento, un capricho pasagero, como la hora que lo viera nacer. La muger á quien ama no sabria inspirar mas que un amor profundo y verdadero, y no podeis imputarle como crímen este amor, y yo tampoco puedo quejarme. Es culpa suya que su corazon haya hablado? Sé yo misma cómo, y cuándo he amado? Y de este sentimiento, que dormia en el fondo de mi alma, sospechaba yo la fuerza antes de haber sido tan feliz con una esperanza, y tan desgraciada con una realidad?
Min. Pero conoces tú á esa muger? Quién es?
Lui. Esa muger es digna de vos, es digna de él. Esa muger es la condesa Sofía!
Min. Sofia! Ese casamiento es imposible! Quién te ha dicho?.. Cómo sabes?..
Lui. Preguntad á Steven; él es el confidente de vuestro hijo.
Min. Steven! Steven tenia conocimiento de ese amor, y me lo habia ocultado! Steven ha podido engañar mi confianza!

ESCENA IV.

Dichos, Eduardo.

Min. Venid, Steven, acercaos. No necesito deciros de qué estamos hablando; las lágrimas de esta niña os lo harán adivinar. Espero que me esplicareis al momento...
Lui. Oh! cuando yo no esté aqui!
Min. (*llevándola con dulzura á la puerta de su gabinete.*) Tienes razon; no debe ser delante de ti, pobre alma destrozada! Pobre angel, cuyo celeste candor es olvidado! Anda, hija mia! (*la abraza, y vase Luisa.*)

ESCENA V.

El Ministro, Eduardo.

Min. Señor Eduardo, al iniciaros en mis asuntos de familia, al encargaros de una mision intima, os di, mas que una señal de confianza, os di una prueba de amistad. Para vos, la fidelidad era un deber; habeis cumplido con este deber?
Edu. Nada tengo de qué acusarme, monseñor.
Min. Habeis visto á mi hijo?
Edu. Lo he visto.
Min. Y conociendo su negativa á obedecerme, el desprecio que hace de mis mas queridas esperanzas, no habeis juzgado á propósito informarme é instruirme del estado de su corazon?
Edu. Monseñor, hay ciertos momentos, ciertas circunstancias, en las que se vacila, para hacer aquello mismo, que se considera como un deber.
Min. Y creeis, caballero, que me hubiese sido mas penoso saber de vuestra boca la negativa de mi hijo, que ser instruido por esa niña? No sabeis que ella le ama, y que el dolor que siente hoy, hubiera podido evitarse si me hubieseis prevenido? Habria llamado á mi hijo, habria reducido á la nada con una espresion sus proyectos insensatos! Pero acaso habeis soñado para él, y como él, en otro casamiento! Yo os digo que ese casamiento no se efectuará, que no lo quiero! Que es imposible!
Edu. Karl ama á la condesa Sofia, monseñor.
Min. Callaos!
Edu. La ama! Y cuando me hizo la confesion de sus sentimientos...
Min. No los combatisteis?
Edu. No podia, monseñor.
Min. No podiais!

EDU. No; porque me dijo que la felicidad de su vida estaba ligada á aquella union.

MIN. Y desde entonces, vencido por esa confesion, habeis guardado silencio!

EDU. He hecho mas, monseñor, he cedido á la voz de un amigo y á sus ruegos; le he dado mi palabra de servirle y de ayudarle.

MIN. Desgraciado! Sabeis si existe un secreto... una razon terrible, que se oponga al casamiento de mi hijo con la condesa Sofia? Y ademas, no os habia yo significado mis designios y mi voluntad? Quién os ha absuelto de los deberes que vuestra posicion, y vuestro reconocimiento os impone? Habeis renunciado á la posicion en que os he colocado? He recibido, por ventura, vuestra dimision?

EDU. Venia á rogaros que la aceptaseis, monseñor.

MIN. Vos! Steven! Ayer debisteis dármela. Pero la acepto; remitidmela! Teneis razon, caballero; las relaciones entre ambos son en adelante imposibles; y en todo evento, mas quiero separarme de un ingrato, que desconfiar de un traidor.

EDU. Monseñor!

MIN. Espero vuestra dimision. (*Eduardo se inclina; el ministro sale.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, CRISTIAN. *Eduardo está absorto; despues, de repente, va á la mesa.*

CRIS. Estais solo, señor Eduardo?

EDU. (*escribiendo.*) Entra, Cristian.

CRIS. Yo no sé lo que pasa en nuestro alrededor; pero estoy inquieto de cuanto veo; parece que una gran catástrofe nos amenaza; y vuestra misma agitacion...

EDU. (*levantándose.*) Cristian, partimos dentro de una hora.

CRIS. Dejar á Munich!

EDU. Para no volver nunca.

CRIS. Nunca? No queda aqui nadie á quien sintais? Que sienta separarse de vos? No deciais que os aman?

EDU. Si, si; ella me ama!

CRIS. Y partis á pesar de esto?

EDU. Por causa de esto, Cristian; para que ella me olvide; para que ella ame á otro.

CRIS. Oh! si el mundo conociese toda la nobleza de vuestra conducta!

EDU. Yo no procedo para obtener su aprobacion, sino para estar satisfecho de mi mismo! Que todo esté pronto dentro de una hora. Marcha.

CRIS. Y á dónde vamos!

EDU. Lo sé yo mismo? A dónde el azar nos conduzca! Digo *nos conduzca*, porque no te negarás á seguirme otra vez, no es verdad? Aun cuando no sepa de qué viviremos, y si tendré pan que poderte dar.

CRIS. Dejaros yo, señor! Nunca, nunca!

EDU. Sofia! (*viéndola que entra por la izquierda.*) Ni una palabra! (*Cristian vase lentamente.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, SOFIA.

SOF. Os creia con el ministro, Eduardo.

EDU. Su escelencia ha entrado en su gabinete, y no me ha dicho que le siga.

SOF. Luisa ha estado aqui; la he encontrado hace un instante, y parecia que evitaba mis miradas.

EDU. La Condesa Luisa sufre con su amor, que ya sabe no es correspondido, y vuestra presencia, es á la vez para ella un recuerdo y un dolor.

SOF. Pero ella será feliz; yo no amo al baron de Karl.

EDU. El baron de Karl os ama, señora.

SOF. Me olvidará, porque no puedo ser suya, bien sabeis.

EDU. Si; sé que bella, feliz, colmada de todos los do que se deben á Dios, y de todos los favores que deben á la casualidad, habeis dicho á un hombr quien los acontecimientos de la vida habian arroj en vuestro camino, á un desgraciado... á un culpal «Os sacrifico esta felicidad, renuncio á este bri os doy este tesoro.» Y lo hubieseis hecho, Sofia.. bareis! Las palabras que han caido de vuestro co zon las he recogido una á una en el mio; no sald nunca, Sofia! Las llevaré conmigo al cielo!

SOF. Eduardo, qué es lo que teneis? De dónde nace emocion? Me estais hablando, como si no debiése vernos mas!

EDU. El ministro!

ESCENA VIII.

Dichos, el MINISTRO.

MIN. Y bien, caballero? (*á Eduardo.*)

EDU. Tomad, monseñor (*despues de un momento de da, entregándole la dimision que acaba de escri*

MIN. En vuestro cuarto hay papeles importantes, interesan al Estado: entregádmelos, ó remitidn antes de vuestra partida.

SOF. (Su partida!) (*Eduardo, despues de haber ec una mirada dolorosa á Sofia, se inclina y sale s ciosamente.*)

ESCENA IX.

SOFIA, *el* MINISTRO.

SOF. Steven os deja?

MIN. Si.

SOF. Por mucho tiempo?

MIN. Para siempre.

SOF. Entonces ese papel...

MIN. Es su dimision.

SOF. Que os ha dado, ó que le habeis pedido?

MIN. Que me ha ofrecido y que he aceptado.

SOF. No ignorais que vuestra proteccion le ha c aqui enemigos mortales?

MIN. Steven en esta circunstancia no ha tenido enemigo que él mismo.

SOF. A vos, que sois á la vez la indulgencia y la cia, no necesito decir que tal vez no existe un hombre que en su conducta pasada no tenga a reconvencion que hacerse.

MIN. Ignoro á qué aludis, condesa. Aqui no se tra la conducta pasada, sino de la conducta presen señor Steven, encargado por mi de una mision de fianza cerca del baron Karl. En donde yo espera fidelidad, he encontrado la traicion!

SOF. (Oh! lo adivino todo! Pobre Eduardo!)

MIM. En suma, el señor Steven ha cometido para migo graves errores; los ha comprendido, y se

SOF. Estais bien seguro de que se halle convenci esos errores? Creeis firmemente que esos errores la causa de su alejamiento? No os ha acudido a samiento la idea de que podia existir otro motiv el que suponeis en esa partida tan precipitada, q asemeja á una huida? No habeis oido decir, que e en otro tiempo un corazon tan grande que fuese de abandonar por una desgracia cierta, inaudita, na, una fidelidad, de la cual temia creerse inc Esos hombres... consideradlo bien, monseñor; una vez ausentes, dejan un remordimiento en

razon de aquellos que los han desconocido! Pues bien! Yo os digo, Monseñor, que Steven es uno de esos hombres; os digo que esa accion que le afeais como una traicion, y que yo considero como una fidelidad suprema, esa accion ha necesitado una fuerza sobrehumana para cumplirse. Os lo digo asi, monseñor, y con la ayuda del Omnipotente, os daré la prueba de lo que os digo! (*sale vivamente por la izquierda.*)

ESCENA X.

El Ministro, *solo.*

ué es lo que quiere decirme? Qué es lo que pasa aqui? Qué es lo que hay en el alma de Steven! Qué secreto me oculta á mi, que creia saber todos sus secretos? En los tres años que le estudio, no he sorprendido en él un sentimiento, una idea que no pudiese confesar en alto y á la faz de todo el mundo. A cada nueva muestra de favor ó de confianza que le daba, respondia con a fidelidad y el cariño mas absolutos. Severo para si, indulgente para los demas, infatigable en el trabajo, esraño á los placeres; inaccesible á la corrupcion, buscando á fuerza de delicadeza, y para satisfacer su onciencia, rescatar una falta de la juventud que no ree conocida mas que de él, y que yo conozco; habiéndola rescatado con tanta largueza, que le considero as puro que á un hombre que nunca hubiese delinquido... hé aqui el Steven de ayer; y hoy tengo que reguntarme... «Es traidor? Es ingrato?»

ESCENA XI.

El Ministro, Karl; *despues* Meyer.

RL. Es lo uno y lo otro, padre mio; ingrato para on vos, traidor para conmigo.

. Para con vos?

. Traidor para conmigo, que le he acojido pobre, norado y perdido; que le he traido por la mano, y dije: «Buscais un hombre; tomad este, padre mio.» grato para con vos, que le habeis recibido como segundo hijo, colmado de distinciones y de favo-s; si, ingrato para con vos, traidor para conmigo! teven ama á la Condesa Sofia!

. Steven!

L. Comprendeis al orgulloso, á quien el titulo de se-etario vuestro no basta; al ambicioso, á quien haceis primero despues de vos, y que busca un escalon pa-fijar el pie, para subir á una altura, y que lo fija bre mi corazon?

. Ama á la Condesa Sofia!

L. No podeis creer semejante imprudencia, no es rdad? La Condesa Sofia, una joven noble, titulada rica, que habeis tratado como hija vuestra; y es á la á la que se ha dirijido... es á ella á la que ama.

. Steven!

L. No solamente la ama, sino que es amado!

. Steven! (*llamando á la izquierda.*) Llamaba á even. (*á Meyer que entra.*)

. Al momento, monseñor!

. No, quedaos; la condesa Sofia es la que debe resnderme.

. Dispensadme, señor, pero las personas que espebais de Manhein...

. Han llegado ya? Está bien. (*vase Meyer; el mistro á Karl.*) Lo que me habeis dicho de Steven lo creo; porque si fuese asi, si amase á la Condesa fia; sobre todo, si fuese amado de ella, ese Steven e acusais, y del cual yo sospechaba, ese Steven se-el mas honrado, el mas noble, el mas generoso de los hombres; porque aqui, ahora, en este sitio, me implora por otro, me pedia la mano de la Condesa Sofia para vos, para vos, su amigo.

Karl. Steven, decis!

Min. Esperadme aqui, caballero. (*vase vivamente por la izquierda.*)

ESCENA XII.

Karl, *despues* Eduardo.

Karl. La ama, es amado, y pedia su mano para mi! (*viendo á Eduardo.*) Venid, Eduardo. Es cierto que habeis hablado por mi á mi padre?

Edu. No me habia comprometido á ello? (*viniendo del fondo.*)

Karl. Si, pero cuando os pedi ese compromiso, ignoraba que era comprometer vuestra felicidad.

Edu. Quereis decir mi posicion; porque es á vos á quien la debia, y soy muy feliz sacrificándola. Su escelencia ha recibido mi dimision.

Karl. Vuestra dimision?

Edu. Hé aqui estos papeles importantes, que os ruego entregueis á vuestro padre; aseguradle, sobre todo, mi eterno reconocimiento, del cual temo que haya dudado un instante. A Dios, baron.

Karl. Cómo! Partis?

Edu. Si.

Karl. Dejais á Munich?

Edu. Dejo la Baviera.

Karl. No, Eduardo; no partireis asi; es imposible. (*deteniéndole.*)

Edu. Partiré al momento.

Kar. Steven, con mucha frecuencia habia oido hablar de generosidad, de adhesion y de lealtad, pero á vos correspondia dar el ejemplo mas admirable. Partid, pero estad seguro de que dejais aqui un corazon, que os estará reconocido hasta la muerte. Vuestra mano, Steven.

ESCENA XIII.

Dichos, Constanti; *despues*, Meyer.

Cons. Oh! el baron lo sabrá. (*en la antecámara.*) No es verdad que lo sabeis, señor baron?

Karl. Qué he de saber?

Cons. A dónde ha ido la Condesa Sofia?

Karl. Esplicaos.

Cons. Al dejar al señor Steven y al ministro, ha subido á su cuarto, y despues de haber hecho misteriosamente abanzar un carruage de plaza, ha partido.

Karl. Partido!

Cons. Partido sin que nadie sepa el motivo, ni de qué lado ha dirigido su fuga.

Karl. Partido, y vos tambien dejais á Munich, señor Steven! Partir la Condesa! Es cierto, Meyer?

Mey. En efecto; la Condesa Sofia no está en su habitacion. (*entrando.*)

Karl. Se ha alejado asi, furtivamente... sin la orden de mi padre, sin que él supiese que ella se alejaba! Lo que estais diciendo es imposible, señores!

Mey. Fue precisamente lo que dijo su escelencia al encontrar sola su habitacion, y antes de leer la carta que ha dejado para él.

Karl. Ha dejado una carta para mi padre?

Mey. Si, muy larga, y con muchas esplicaciones; y otra tambien para vos.

Karl. Para mi! Dádmela! (*la toma y lee.*) «Señor Steven...» Esta carta no es para mi.

Mey. Pues para quién es?

Karl. Para el señor Steven.

MEY. Ah! qué torpeza!.. (Una torpeza meditada!) (*bajo á Constanti.*)

KARL. Y deciais, caballero, que ignorabais la partida de la Condesa Sofia?

EDU. Baron, os juro que es ahora, y de los labios de esos señores...

KARL. Esta carta es para vos, y no puedo menos de entregárosla; pero un hombre que no tiene nada que reprocharse, un hombre honrado, la leeria en alta voz.

EDU. (*rompiendo el sobre y leyendo en voz alta.*) «Steven, no sois vos quien partirá primero; soy yo la que primero partirá. Voy á esperaros en el camino de Manhein.»

KARL. Qué decis, caballero?

EDU. Karl, hay fatalidades...

KARL. Esa carta... esa carta...

EDU. No la leeré.

KARL. Pero yo la leeré! (*queriendo arrancársela.*)

EDU. Guardaos, caballero! Es el secreto de una muger, y estoy encargado de su defensa!

KARL. Decid el vuestro. Por última vez, dadme esa carta! (*Eduardo atraviesa lentamente el teatro. Despues de un momento de duda, rompe la carta.*) Ah! A mi vez os digo, guardaos, caballero! Al mismo tiempo que esa carta, habeis desgarrado mi honor!

EDU. Caballero!

KARL. Vos partis, y la Condesa Sofia parte al mismo tiempo que vos. Ella os escribe al partir, y no osais leer en alta voz lo que os escribe! Os creeriais insultado, si os dijese que sois un impostor?

EDU. Karl!

KARL. Vengo á buscaros, como se busca á un amigo; os abro mi corazon, como se hace con un hermano; vos callais al oir mis secretos, y amais á la muger á quien yo amo! Venis á suplicar á mi padre que me dé la mano de la Condesa Sofia, y la robais entretanto! Os creeriais, en fin, insultado, si con mi desprecio os arrojase al rostro mi guante? (*se lo arroja.*)

EDU. Una espada, vamos! Una espada!

KARL. Vamos! Vamos! (*se lanza en el cuarto de la izquierda; Constanti y Meyer salen precipitadamente por el fondo.*)

EDU. Ah! Era demasiado sufrimiento, Dios mio, y me debeis algun alivio! Habeis comprendido que era preciso verter la última gota en el caliz, pronto á desbordarse, á fin de que antes de morir el paciente que hace cuatro años teneis en el martirio, pueda achacar á un hombre, y no al destino, todo lo que ha sufrido. (*corriendo á Karl, que entra con dos espadas, y apoderándose de una.*) Venid, baron, venid! Será una lucha sin misericordia; un combate mortal, no es verdad? (*alzando su espada.*) Oh! gracias, arma libertadora; gracias, hierro con el cual mate ó por el cual sea muerto! Vamos!

ESCENA XIV.

Dichos, BENAZETI; *aparece por la puerta del cuarto del centro con* MEYER *y* CONSTANTI.

BEN. A dónde vais, señores?

KARL. Acompañadme, me servireis de testigo.

BEN. Y con quién os batis?

EDU. Conmigo.

BEN. El baron Karl no puede batirse con vos.

KARL. Por qué razon?

BEN. (*á Eduardo.*) Decid al baron Karl que nadie puede batirse con vos, señor Eduardo de Rusberg de Manhein!

EDU. Ah! (*dejando caer su espada, y cayendo abatido en un sillon.*)

BEN. Ya lo veis!

KARL. Tan cobarde como infame! (*tira la espada.*)

EDU. Dios mio! Dios mio!

LUI. Eduardo! (*que acaba de entrar, con voz compasiva y tomándole la mano.*)

EDU. Ah! Bien me dijeron que en el camino del martirio colocaba Dios sus ángeles!

UN UGIER. (*desde la puerta foro.*) El ministro!

LUI. Tio, tened piedad! (*yéndole al encuentro.*)

ESCENA XV.

Dichos, EL MINISTRO, LUISA, CRISTIAN.

MIN. Señor Eduardo Rusberg de Manhein, tom vuestra dimision. Hice mal aceptándola (*Luisa tien la mano á Eduardo; sigue el ministro mirando Constanti y Benazeti, que permanecen confusos.*) S ñor Eduardo Rusberg de Manhein, el rey os hace su Consejo privado, con el título de baron de Steve y os nombra comendador de la Orden del Mérito vil de Baviera; baron, podeis batiros con ese cal llero. (*recogiendo la espada de Karl.*)

KARL. Cómo quereis que me bata con un hombre quien públicamente rendis un homenage semejan

MIN. Entonces, dadle esplicaciones, y ofrecedle la no de la condesa Sofia... (*bajo.*) De la condesa fia, vuestra hermana!

KARL. Mi hermana! Es mi hermana! (*aparte, abat el ministro tiende la mano á Steven. Steven se ar á sus pies. El ministro hace una seña á Cristian, sale por la derecha.*)

MIN. Sois ahora dichoso, Rusberg? No falta na vuestra felicidad?

EDU. Me falta un perdon! Un perdon que iré á bus

MIN. Recibidlo!

ESCENA XVI.

Dichos, RUSBERG, *apareciendo delante de Cristia*

RUS. Yo te perdono!

EDU. Padre!!!

RUS. Hijo mio!!!

(Eduardo se adelanta al encuentro de su padre; sa cae en los brazos de su padre; Karl cae absorto sillon de la derecha; Benazeti y Meyer aparecen con y abochornados; Cristian contempla con placer á E do en los brazos de su padre.)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1855.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.